

Selección

TERROR

LA REBELION DE LOS ESPECTROS

KELLTOM McINTIRE

SELECCION

TERROR

KELLTOM MCINTIRE
LA REBELION DE LOS ESPECTROS

Colección

SELECCION TERROR n.° 232
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

227. — ¡*Peor que asesinar...!,* Ada Coretti.
228. — *Doce días de horror*; Kelltom McIntire.
229 — *El teatro de los horrores,* Curtis Garland.
230 — *Regreso de las tinieblas,* Ray Lester.
231 — *El duque de la muerte negra*. Burton Hare.

ISBN 84-02-005C6-4
Depósito legal: B. 25.314 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain
1.a edición: agosto, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Jareis del Vallés (M-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

El día quince de noviembre, Ed Cumber cargó sus trebejos de pesca en el maletero de su coche y abandonó la ciudad en dirección a la laguna Gray Glade.

Se había desatado la temporada de lluvias y llovía sin pausa desde una semana atrás.

Pero no había lluvia ni diluvio capaz de extinguir la desmedida afición por la pesca que sentía Cumber.

Así pues, partió el viernes con la intención de dedicarse a su pasatiempo favorito hasta el domingo por la tarde, en que iniciaría el retomo a la ciudad.

Su hija, Grace —una preciosa muchacha rubia de veintidós años que trabajaba en la oficina del fiscal—, le despidió con un alegre:

—¡No te traigas todos los peces de Gray Glade, papá! ¡Deja algunas piezas para tus competidores...!

Mientras conducía hacia el sur, Ed Cumber encendió su vieja cachimba, amiga de tantas expediciones de pesca.

Ed tenía cincuenta y un años, poseía un pequeño negocio de material para deportes y se consideraba un hombre muy feliz, aunque había enviudado cuando Grace apenas tenía cinco años.

Como la lluvia era intensa, Ed conducía a escasa velocidad, pues era un hombre muy prudente.

Se detuvo en Calgoon, se tomó un café y un coñac y cambió con el *barman* algunos comentarios acerca del estado del tiempo.

Luego reemprendió el camino hacia Gray Glade.

En alguna ocasión, a lo largo de los ochenta kilómetros que separaban la laguna de la ciudad, Ed creyó advertir que le seguía un «Chrysler» gris plata.

Uno de sus amigos, Jim Ford, tenía un coche semejante. Pero no debía ser el «Chrysler» de Ford, porque éste se hubiera apresurado a adelantarle para hacerle saber que ambos llevaban el mismo camino, porque Jim era también un gran aficionado a la pesca.

Cumber se desentendió del asunto, a pesar de que de cuando en cuando volvía a ver al «Chrysler» gris plata que le seguía —sin intentar adelantarle una sola vez— a medio kilómetro de distancia.

A las nueve de la mañana, Ed dio vista a la laguna, cuyo nivel había crecido tres metros sobre lo normal debido a las últimas lluvias. Desde la carretera, Ed había visto el río que alimentaba la laguna completamente desbordado en varios parajes.

Otro cualquiera se hubiera vuelto, pues las aguas de Gray Glade estaban sucias de barro y sus orillas originales se habían borrado por completo.

Cumber, sin embargo, llegó hasta el borde con su coche, preparó sus cañas y se dispuso a pescar.

Hacía frío, pero Ed se abrigaba con un grueso chaquetón de cuero forrado interiormente de piel de borrego y tenía, además, su plateada petaca de coñac.

Probó un trago del reconfortante licor y lanzó sus anzuelos.

La radio a transistores que llevaba colgada del cuello le informó de que el río Dover se había desbordado y arrasado la pequeña localidad de Trevorton, a unos cincuenta kilómetros aguas abajo.

Hacia la una del mediodía. Ed dejó clavadas sus cañas en la orilla, volvió a su coche y almorzó con apetito, acompañando el yantar con una botella de rojo vino de California.

Llovía y llovía sin descanso. A las tres de la tarde, Ed tuvo que retirarse tres metros porque la laguna había crecido considerablemente desde la mañana y el agua cubría ya sus botas de goma hasta casi la rodilla.

Había pescado tres *black-bass* de reculares dimensiones y ello le animó a seguir pescando.

Pasarla la noche en la cabaña que el círculo de pescadores de Old Veteran había construido años atrás junto a la laguna y que todos los socios tenían derecho a utilizar durante sus excursiones de pesca.

La cabaña no tenía luz eléctrica ni teléfono, pero Ed Cumber no necesitaba ninguna de aquellas dos cosas para nada, puesto que había dos potentes lámparas a gas y una hermosa chimenea, amén de algunas literas y una abundante provisión de leña, un botiquín, etcétera.

A las cinco de la tarde la luz había huido, por lo que Ed Cumber se retiró a la cabaña con unos tres kilos de peces, de los cuales pensaba utilizar algunos para preparar su cena.

Sacó del coche su saco de dormir y los víveres y, poco después, dentro de la cabaña ardía una alegre fogata.

Ed era un excelente cocinero y gozaba preparando sus especialidades culinarias.

Puso, pues, la sartén en la lumbre, añadió manteca de cerdo y cuando estuvo bien caliente, puso los peces a freír.

Se había hecho de noche y la lluvia repicaba contra los cristales de la única ventana de que disponía el refugio.

Devoró la cena con fruición, hizo un poco de café y paladeó la ardiente infusión después de atascar y encender su pipa.

Cumber amaba la naturaleza y pasar un par de noches solo en la distante cabaña no le impresionaba en absoluto.

Se acostó temprano, porque tenía la intención de madrugar.

Así pues, apagó el farol de gas, se quitó sus botas y se introdujo en su saco de dormir, dispuesto sobre una de las camas de la litera.

Se durmió en seguida, arrullado por el rumor creciente de la lluvia.

Serían las diez de la noche cuando despertó bruscamente.

¿Eran figuraciones suyas o alguien había golpeado con fuerza los cristales de la ventana?

Escuchó con atención. Y los golpes volvieron a oírse claramente.

Ed abandonó su confortable saco de dormir y se puso las botas.

«Alguien que se ha extraviado o, tal vez, algún pescador que no está dispuesto a pasar la noche bajo la lluvia», pensó.

Dispuesto a abrir, Ed encendió el farol y se aproximó a la ventana.

Los cristales saltaron en pedazos y unas manos penetraron entre los barrotes que protegían la ventana y trataron de agarrarle.

—¡Dios santo, no es posible! —exclamó Cumber, aterrado.

Aquellas facciones que acababa de entrever, aquellos rasgos brutales, los brillantes ojos malignos, que le contemplaban con ansia homicida Aquel rostro le resultaba conocido.

Cumber retrocedió de espaldas.

—¡No es posible, no es posible! —tomó a murmurar entre dientes.

La lluvia penetraba a través de la ventana, rotos los cristales.

«Debí traer mi carabina», pensó Cumber.

Pero ya era tarde y de nada valía lamentarse.

Ed sólo tenía su cuchillo de monte. Apresuradamente lo buscó entre sus pertrechos de pescador y lo asió firmemente por el mango.

«La puerta es sólida y está bien atrancada —razonó, en un intento por superar su pánico—. No conseguirá penetrar en la cabaña.»

Coincidiendo con su razonamiento, se escuchó un gran estrépito. ¡Alguien estaba golpeando salvajemente los tablones de la puerta!

Ed aguardó, dominado por la angustia.
Luego los golpes cesaron.
«La puerta ha resistido», se dijo, con un ápice de esperanza.
Por encima de la lluvia, se elevó el zumbido de un motor.
Sin acercarse demasiado, Cumber miró a través de la ventana con gran ansiedad.
El intruso había arrancado el motor de su coche. ¿Qué se proponía exactamente...?
El motor rugió, potente, y sus neumáticos giraron sobre el lodo.
«Debería escapar antes de que...»
Sonó un estallido y la cabaña entera se conmovió.
El intruso hizo retroceder el coche unos quince metros y luego volvió a la carga.
Es decir, aceleró y el automóvil saltó hacia adelanto velozmente.
Se oyó un terrible crujido y los gruesos tablones de la puerta saltaron convertidos en astillas.
Ed apretó el cuchillo de monte entro sus dedos.
Se sentía dominado por el espanto, pero no era un cobarde.
Esperó, tenso y angustiado, pero firmemente decidido a defenderse.
A través de la puerta destrozada, pudo advertir que su coche retrocedía irnos meteos y se detenía, con los faros encendidos.
Una sombra se proyectó sobre el interior de la cabaña.
Ed tembló al contemplar la elevada silueta del intruso que acababa de penetrar en el refugio.
—¡No... no puedo entenderlo...! —gimió Cumber, retrocediendo dos pasos.
El intruso avanzó pesadamente.
Era corpulento y sus movimientos eran pesados, lentos, aplomados.
No llevaba ningún arma en sus manos, enormes, como zarpas de animal.
Ed alzó el cuchillo y atacó, al tiempo que dejaba escapar un chillido histérico que sólo era exponente de su miedo.
Su enemigo movió un brazo y le golpeó con tremenda dureza. El cuchillo se fue de entre los dedos de Cumber y rebotó sobre el piso de madera.
Cumber quedó inmóvil, inerte.
Entonces, el intruso se inclinó lentamente y tomó el cuchillo.
Ed retrocedió hasta el muro, desorbitando los ojos.
Su enemigo le siguió sin demostrar prisa.
Fríamente, bajó el brazo y destrozó el vientre del desgraciado Cumber de un solo tajo.
Ed resbaló sobre el muro y cayó a tierra sin exhalar un gemido.

CAPITULO II

Grace Cumber vino a verme a las nueve de la mañana.

En cuanto la vi, comprendí que se sentía inquieta y preocupada.

Decidí que no era momento oportuno para reproches —llevábamos enfadados casi un mes— y me dispuse a desvelar el motivo de su inquietud.

—Siéntate —le dije—. Y tranquilízate. ¿De qué se trata?

—Zach, se trata de mi padre —respondió—. Salió el viernes por la mañana hacia la laguna Gray Glade. Tenía la intención de pescar hasta el domingo por la tarde, pero hoy es lunes y mi padre no ha vuelto.

—Vamos, Grace —dije para animarla—. Ya sabes que los ríos están desbordados. Es posible que algún puente haya quedado cerrado al tránsito y ello le haya impedido volver.

—En tal caso, papá me hubiera avisado para tranquilizarme. Sin embargo, no he recibido ninguna llamada telefónica ni mensaje de otra índole. ¡Zach, me siento angustiada! ¡Papá ha debido sufrir algún accidente desagradable! —gimió, incapaz de contener las lágrimas.

Me levanté y rodeé sus hombros con mi brazo.

—No debes pensar en ello, pequeña. Voy a llamar a la policía de carreteras y a todos los hospitales, por si Ed Cumber hubiera sido internado en alguno de ellos.

Sus lindos ojos azules me miraron, suplicantes.

—¡Haz algo, Zach, por favor! Comienzo a pensar en lo peor —murmuró.

Comprendí que Grace se agarraba a mi como a su tabla de salvación. En definitiva, y a pesar de nuestro último enfado, nos amábamos, y yo estaba dispuesto a emprender lo imposible por ayudarla.

Invertí quince minutos en telefonear a los distintos centros sanitarios de la ciudad.

—Soy Zach Chardom, teniente de la Sección de Homicidios. Me intereso por un hombre llamado Edgar Cumber...

Repetí las mismas palabras a las encargadas de las centralitas de todos los hospitales y clínicas, con resultado negativo.

Tampoco los de la policía de carreteras poseían datos sobre ningún accidente de tráfico relacionado con el padre de Grace.

—No te preocupes —le dije—. Vamos a viajar hasta Gray Glade. Es posible que tu padre decidiera a pítima hora quedarse un día más. Ya sabes que es un poco despistado: quizá ni siquiera pensó en avisarte.

—Creo que la culpable soy yo. No debí dejarle ir solo. Me quedó porque tenía la esperanza de que tú... me llamaras —respondió.

La tomó por la cintura y la besé dulcemente.

—Fui un estúpido —confesé—. Me había empeñado en que fueses tú la que vinieses a mí. ¿Todo olvidado?

—¡Zach, Zach! —susurró ella—. Sabes que te amo, pero tú pareces empeñado en hacerme sufrir...

Se refería a mi última excursión en compañía de Linda Preston, una guapa y escultural actriz de teatro que me perseguía incesantemente desde el último verano.

Unas semanas atrás, yo había invitado a Grace a una partida de caza en las Blue Range, pero ella había tomado entradas para un recital de música rock, y trató de disuadirme de emprender la excursión.

Por desgracia, soy un hombre testarudo y amo demasiado la caza, por lo cual me negué rotundamente a perder mi tiempo en aquel recital. Grace, por su parte, insistió y finalmente nos separamos malhumorados.

No se me ocurrió nada más hiriente para Grace que invitar a Linda Preston a mi partida de caza. Y Grace lo supo en seguida y al día siguiente se negó a salir conmigo.

—Eso ya pasó. Juro solemnemente que Linda Preston me importa un ardite —confesé, serio.

—Te necesito mucho, Zach —declaró Grace, y me acarició las mejillas.

La volví a besar apasionadamente y al fin nos separamos.

Llamé al comisarlo Wislow y le dije que iba a tomarme unas horas para resolver un asunto personal.

Luego tomé a Grace de la mano y descendimos hasta el garaje.

Emprendimos inmediatamente el viaje hacia el sur.

La lluvia caía monótonamente sobre el cristal parabrisas y yo conducía con suma atención, porque algunos tramos de la carretera aparecían, de cuando en cuando, invadidos por las aguas de los torrentes.

Cerca de Croton, a veinticinco kilómetros de Gray Glade, la policía se había visto obligada a desviar el tránsito de vehículos sobre el puente que cruzaba el río Dover porque las aguas invadían el firme de asfalto.

Nos vimos, pues, obligados a dar un rodeo antes de llegar a Croton y cruzar el río a través de un gran puente colgante de acero.

Eran cerca de las once cuando alcanzamos las dilatadas orillas de la laguna.

—El refugio está en aquella ladera, detrás del bosquecillo de eucaliptos —dijo Grace.

Salimos del camino y avanzamos a campo través. Procuraba que los neumáticos rodasen sobre suelo firme, porque el terreno estaba enfangado en muchos lugares.

Nos detuvimos al borde de las rojizas y turbulentas aguas.

Era imposible seguir adelante: la cabaña estaba rodeada por las

aguas en medio de un islote de reducidas dimensiones.

—¡Allí está su coche!! —gritó Grace.

Era cierto: el automóvil de Ed Cumber se encontraba a cinco metros de la cabaña. Advertí que su parachoques delantero y las planchas de los guardabarros estaban abollados.

También la puerta de la cabaña presentaba huellas de violencia, aunque nos resultara imposible ver lo que había en su interior.

Di marcha atrás y realicé la maniobra de cambio de sentido de marcha.

—Volvamos a Croton. Necesitaremos una embarcación para llegar a la cabaña —dije a Grace.

Media hora después nos entrevistábamos con Alex Gordon, *sheriff* de Croton, el cual se manifestó dispuesto a proveernos de una balsa neumática y a prestamos la colaboración de dos de sus hombres.

Volvimos hacia Gray Glade.

Detrás de nosotros venía un *jeep* de la policía con un remolque en el que transportaban la balsa neumática ya hinchada y un potente motor «fuera borda».

Un sombrío presentimiento me inquietaba ya, pero no dije nada a Grace para no aumentar su angustia.

Llegados a las proximidades de la cabaña-refugio, los dos policías botaron la lancha y acoplaron rápidamente el motor.

—Creo que deberías quedarte en el coche —insinué a Grace.

Pero ella se opuso terminantemente:

—Me moriría de ansiedad —adujo.

Subimos a la embarcación, Grace delante y yo en pos de ella. Los policías de Croton se acomodaron a popa y uno de ellos puso en marcha el motor.

La embarcación hendió las sucias aguas y pocos segundos después tocábamos el islote en el que se alzaba el refugio.

Fui el primero en entrar en él y también el primero en descubrir el cadáver de Ed Cumber.

Quedé consternado al contemplar el tremendo charco de sangre coagulada que la madera del piso había embebido parcialmente, poro reaccioné y me volví hacia atrás.

—¡No la dejen entrar! —grité a los dos policías, que se apresuraron a tomar a Grace de los brazos y la obligaron a salir.

Sin embargo, ella había visto ya .el cuerpo de su padre en tierra y quizá también el charco de sangre, porque su penetrante alarido heló la sangre en mis venas.

Me incliné sobre el cadáver de Cumber y descubrí, horrorizado, el tremendo tajo que arrancaba en el pubis y hendía el vientre hasta el esternón.

Estaba muerto. No podía ser de otro modo con aquella

impresionante herida de casi cuarenta centímetros de longitud.

Cumber yacía de bruces y los dedos de su mano derecha estaban manchados de sangre.

—Intentaría evitar desesperada e inútilmente la pérdida de sangre —imaginé.

Pero cuando di la vuelta al cadáver descubrí que los dedos manchados de sangre del difunto tenían otra explicación.

Ed había escrito algunas palabras mayúsculas con su propia sangre sobre el maderamen del pavimento.

La palabra podía leerse claramente:

K-E-T-C-H-UM, *Ketchum.*

Cubrí el cadáver con su propio saco de dormir y busqué inútilmente el arma de que no había valido el asesino para acabar con el padre de Grace.

Finalmente, salí.

Grace me miró, muy pálida.

—Está muerto, ¿verdad? —preguntó.

Asentí.

—Lo han hecho de una forma abominable y salvaje —respondí.

Grace dejó escapar un gemido y se refugió en mis brazos.

Durante unos minutos sollozó desgarradamente sobre mi pecho.

—Llamen por radio al *sheriff* Gordon y díganle que hemos encontrado a Ed Cumber muerto, asesinado. Gray Glade cae dentro de la jurisdicción de Croton, por lo cual sus autoridades deberán hacerse cargo del caso —dije a los dos policías.

Uno de ellos saltó a la balsa y fue a cumplir mis instrucciones, mientras el otro penetraba en la cabaña y realizaba una inspección ocular.

—¿Llevaba dinero o algo de valor encima, Grace? —pregunté.

—¿Mi padre? —exclamó ella entre sollozos desesperados—. No, sólo unos dólares. Los suficientes para tomar una copa por el camino o algún pequeño gasto imprevisto.

—Dime una cosa: ¿quién era Ketchum? —insistí.

Alzó la cabeza y me miró, sorprendida.

—¿Ketchum?

—Tu padre escribió esa palabra con su propia sangre, en el suelo. Creo que el asesino pasó la noche en esta cabaña, ¿recuerdas que cuando llegamos todavía brotaba una delgada columna de humo de la chimenea? Pero el cuerpo de tu padre está frío, es decir: debe llevar muchas horas muerto.

—No te comprendo...

—Tu padre debió tardar algunos minutos en morir tras recibir la terrible cuchillada que le abrió el vientre. Tuvo tiempo para escribir el nombre de la persona que le había matado, pero... tapó ese nombre

con su propio cuerpo, quizá para evitar que su asesino viese esa palabra y la borrase. ¿Conoces a alguien que se llame Ketchum?

Grace tardó en responder. Parecía muy asustada.

—Sí, pero, está muerto —respondió.

—Siento tener que hacerte estas preguntas en tu actual estado de ánimo, pero, créeme, es muy importante si queremos descubrir a la persona que asesinó a Ed Cumber —expliqué.

Alzó la barbilla con un esfuerzo de voluntad y se enjugó las lágrimas.

—Está bien, ¿qué quieres saber? —exclamó.

—Todo lo relacionado con Ketchum —rogué.

—Se llamaba Budd Ketchum y tenía unos cuarenta años —respondió Grace—. Un día, entre semana, mi padre cerró su tienda a la una para ir a casa a almorzar, pero a mitad de camino recordó que había olvidado el encargo de Charlie Jones, el hijo de unos vecinos. Se trataba de unos guantes de boxeo y papá regresó a la tienda. Budd Ketchum estaba intentando abrir su caja de caudales, después de penetrar en la tienda por la ventanilla de los servicios, que da al patio de luces.

—¿Qué ocurrió?

—Mi padre había tomado su revólver y obligó a Ketchum a tenderse boca abajo sobre el suelo, con las manos sobre la nuca. Y descolgó el teléfono para marcar el número de la policía. «¡No lo haga, no me denuncie!», suplicó Budd. Pero papá sabía que aquel hombre era un canalla, un delincuente desprovisto de toda humanidad, que había estado a punto de matar a una anciana para robarle unos dólares, años atrás.

—¿Y...?

—Papá le denunció. Mientras llegaba la policía, Ketchum amenazó a papá: «Le mataré. A usted y a toda su familia», pronunció. La policía llegó y se llevó al ladrón. Comprendimos el interés de Ketchum en no ser denunciado, pues su temor no se debía sólo a ser acusado de robo frustrado: la policía le acusó además de dos asesinatos en primer grado. ¿No recuerdas su caso?

—Sí, empiezo a recordar. Pero sigue, por favor —le pedí.

—Fue condenado a muerte. Su caso armó mucho revuelo, puesto que su condena no fue conmutada, a pesar de que en este Estado estaba prácticamente suspendida la pena capital. Pero Analmente, Budd Ketchum murió electrocutado.

Reflexioné.

Si Budd Ketchum había sido ejecutado, estaba claro que él no podía haber asesinado a Ed Cumber.

—¿No conoces a nadie más que se llame Ketchum? —pregunté a Grace.

Se tomó tiempo para responder.
—No —pronunció—. A nadie.

CAPITULO III

Grace y yo volvimos a la ciudad, después de entrevistamos con Alex Gordon y rogarle que nos avisara después de realizada la autopsia del cadáver del infeliz Ed Cumber.

Dado el estado de ánimo de Grace, no cambiamos una sola palabra durante el trayecto de hora y media.

Pero no era sólo Grace la que estaba angustiada y dolorida. También yo sentía el dolor por ella, pero, además, me encontraba impresionado y confuso.

Ed Cumber era uno de los pocos hombres íntegramente honrados que he conocido. Bondadoso, de carácter afable, era también un individuo de excelente humor, siempre dispuesto a prestar un favor a los amigos, que poseía a centenares en la ciudad.

No tenía enemigos, era notorio.

Pero le habían asesinado de una forma horrenda, espeluznante.

Por supuesto, yo no estaba dispuesto a tener en cuenta la posibilidad de que su muerte fuese achacable *a un muerto.*

Sin embargo, en mi retina parecían bailar aquellas letras mayúsculas en rojo sangre: KETCHUM.

Llegados a la ciudad, decidí, de acuerdo con Grace, que ella se fuese a vivir temporalmente a la casa de mis padres en Milenary Pine, un barrio residencial situado al norte.

Grace tendría una compañía excesivamente ruidosa, pues Mary, mi hermana, y su esposo, Joe Bolton, tenían cinco hijos pequeños y todos ellos vivían en la casa de mis padres, un edificio muy amplio y confortable, de dos plantas.

Puse al corriente a mi padre y a mi madre de cuanto acababa de ocurrir y les recomendé que procurasen consolar a Grace. Aunque en verdad no era necesaria mi recomendación, pues tanto Dave, mi padre, como Lillian, mi encantadora madre, son personas sencillas y cariñosas, poseen un tacto y una discreción exquisitos.

Fui a mi despacho, pero el comisario Wislow me dijo que podía volver a casa, dadas las circunstancias.

Así pues, permanecí el resto del día en compañía de Grace. Se sentía confortada por nuestro interés y nuestro cariño, pero sus facciones aniñadas estaban muy pálidas y demacradas y, de cuando en cuando, nada podía impedir sus sollozos.

El cadáver de Ed Cumber llegó desde Croton cuarenta y ocho horas después.

Centenares de personas de todas las clases sociales acudieron al funeral en la iglesia de Saint Dimas y se trasladaron posteriormente al cementerio para asistir a la inhumación de los restos mortales del que

había sido para todos un excelente amigo, y ello a pesar de las desastrosas condiciones meteorológicas, pues la lluvia siguió cayendo, triste y monótona, a lo largo del acto fúnebre.

Grace recibió las condolencias de gran número de amigos, pero yo comprendí que los numerosos pésames sólo venían a recordarle y a acentuar más aún su dolor, por lo cual procuré sacarla pronto del cementerio, pretextando la lluvia que nos calaba a todos.

Apenas hablamos subido a mi coche, cuando Grace se volvió en el asiento y chilló:

—¡¡Allí!! ¡Es él!

Me asustó su grito, lo confieso.

Miré hacia donde ella señalaba, pero no vi más que a las numerosas personas que corrían para cobijarse en sus automóviles.

—¿Quién? —pregunté, intrigado.

Sus facciones estaban descoloridas, pero sus ojos azules expresaban un temor hondo, paralizante.

—¡¡Ketchum, Budd Ketchum!! —gimió—. Estaba en la puerta del cementerio y clavó sus ojos en mí con odio...

La abracé.

—Vamos, pequeña: tienes los nervios deshechos y estás obsesionada. Ketchum está muerto. He podido comprobarlo en los archivos de los tribunales. Murió en la silla eléctrica.

Pero Grace temblaba de espanto, convertido todo su ser en un puro nervio.

—No me crees, ¿verdad? ¡Pues era él, estoy segura de lo que digo! Su fotografía apareció en las primeras páginas de todos los periódicos y su imagen apareció en televisión... ¡No me he equivocado: era él! ¡Budd Ketchum, el hombre que asesinó a mi padre!

—Cálmate, por favor —le supliqué.

—¡No puedo, Zach...! Ketchum amenazó de muerte a mi padre y... ¡*a toda su familia!* ¡Y el único familiar de mi padre soy yo! —gritó Grace, despavorida.

Busqué a toda prisa un calmante en la cartera-botiquín que siempre llevo en mi coche y la obligué a tragárselo.

Pero Grace estaba horrorizada y seguía temblando como un pajarillo.

Puse el motor en marcha, arranqué y giré en el centro de la calzada a gran velocidad.

Cien metros más allá bajé y escruté los rostros de las personas que se cobijaban bajo la marquesina de entrada al camposanto.

No vi a ninguna persona sospechosa. La mayoría de los hombres y mujeres que encontré pertenecían al círculo de los amigos de Ed Cumber y todos ellos esperaban un taxi o el coche de un amigo para

ponerse a resguardo de la copiosa lluvia.

Volví al coche y llevé a Grace a casa. Entre mi madre y mi hermana Mary la llevaron a la cama, mientras yo llamaba al médico de la familia, pues el estado de nervios de Grace me preocupaba.

El doctor Prentice llegó poco después y le inyectó un sedante, con lo cual, Grace se quedó plácidamente dormida y relajada.

Transcurrieron unos días.

Grace parecía haberse recobrado, tratada con mimo y con ternura por toda mi familia.

Cada día, yo telefoneaba a Gordon, *sheriff* de Croton, para preguntar si su investigación en relación con el asesinato había avanzado algo.

—El único dato concreto que poseemos es relacionado con un individuo alto, corpulento y parcialmente calvo que se detuvo a almorzar en un restaurante de carretera, a la salida de Croton. El desconocido preguntó el camino para llegar a Gray Glade y se informó acerca del refugio de pescadores y su situación, tras lo cual se alejó en un «Chrysler» color gris plata. La circulación era escasa ese día, por causa de la intensa lluvia, por lo cual el hombre que sirvió al sospechoso le recordó en seguida, cuando iniciamos la investigación. Después, nadie volvió a verle. Por otra parte, las huellas que pudo dejar sobre el barro alrededor de la cabaña, fueron prontamente borradas por la persistente lluvia —me informó Gordon.

Ese mismo día obtuve la ficha de Budd Ketchum de los archivos.

Era un hombre con grandes entradas, de frente deprimida, espesas cejas, nariz achatada, labios finos y crueles y mandíbula prognática, muy sobresaliente y poderosa. Tenía unos ojillos malignos, y su expresión era la de un cínico.

Antes de pensarlo, ya estaba en camino a Croton.

Me puse en contacto con Alex Gordon, y el propio *sheriff* me acompañó hasta el restaurante Good Stop.

El camarero que había servido al sospechoso era Bill Askin, un joven moreno, de expresión inteligente y despierta.

Le enseñé la fotografía de la ficha de Ketchum y afirmó inmediatamente:

—Si, éste era el hombre del que hablé al *sheriff* Gordon. Sólo que...

—¿Sólo qué...? —repetí, esforzándome en disimular mi asombro.

—Tenía una expresión distinta... ¿Cómo podría explicárselo? Le brillaban los ojos intensamente y pensé si no sería un drogadicto o un loco. El caso es que me sentí más tranquilo cuando se marchó. Ustedes pensarán que soy un tipo pusilánime, pero ese hombre era uno de esos individuos que... dan miedo con sólo mirarte —respondió.

Gordon me llevó hasta la puerta.

—¡Felicitémonos! —exclamó—. Gracias a usted, ya tenemos a nuestro hombro.

Sonreí, escéptico.

—No me atrevo a decírselo, Gordon..., pero la verdad es que este hombre —dije mostrándole la foto de Ketchum— está muerto. Murió ejecutado, hace unos meses. ¿Puede entenderlo?

Gordon pronunció un seco juramento.

—Tiene razón: no soy capaz de entenderlo —respondió, muy confuso.

—Dígame una cosa —le dije—. ¿Cómo cree que se produjo el asesinato de Ed Cumber?

—Suponemos que Cumber se retiró a la cabaña al anochecer, preparó pescado, cenó y se acostó. Debió cerrar la puerta con su cerrojo y tranca, cuando su asesino se vio obligado a utilizar el «Dodge» de Cumber para destrozar la puerta. El resto ya lo sabemos, poco más o menos.

—Está bien: eso quiere decir que el asesino puso sus manos sobre el volante del «Dodge». Si no utilizaba guantes, sus huellas deben haber quedado impresas... Sigo pensando que es absurdo, pero tengo aquí las huellas dactilares de Budd Ketchum. Podemos compararlas.

—No creo que los espectros puedan alzarse de sus tumbas para matar —respondió el *sheriff* de Croton, burlón—. Pero en cualquier caso, no es necesario que nos molestemos. El asesino no usaba guantes —afirmó con aplomo—, pero tampoco dejó sus huellas.

—Bueno, puede que imprimiese sus huellas en el tirador de la portezuela y en la llave de contacto, incluso en el volante... Pero las limpió porque... ni siquiera encontramos allí las del desgraciado Cumber, ¿comprende?

—Entiendo —murmuré, decepcionado en cierto modo.

Me despedí de Gordon, con el ruego de que me avisase en seguida si se producía alguna novedad. Y volví a la ciudad.

Transcurrieron dos semanas. Yo me ocupaba de esclarecer un asesinato entre ladrones y en cierto modo el caso de Ed Cumber pasó a un segundo lugar.

Grace parecía muy recuperada. El ambiente muy familiar de la casa de mis padres y la alegría de mis retozones sobrinos habían operado un benéfico influjo en su equilibrio emocional.

Un par de días después vendió la tienda de su padre en un precio muy ventajoso e incluso volvió a su trabajo en la oficina del fiscal.

—La vida debe continuar —me dijo con una débil, pero valerosa sonrisa—. Por cierto, Zach: quiero volver a mi casa. No, no creas que no me siento bien en la tuya —se apresuró a aclarar al advertir que yo

fruncía el ceño—. Es que... soy una mujer soltera que vive en la casa del hombre al que amo.

—Casémonos —propuse.

Me acarició tímidamente los labios.

—Estoy deseándolo —confesó—. Pero quiero dejar transcurrir unos meses, como homenaje a papá. ¿Te importe?

—No —respondí, comprensivo—. Aunque me duele dejarte partir.

Al fin y al cabo, Grace vivía en West Street, la larga calle que atraviesa la zona de Milenary Pine, donde se encuentra la casa de mis padres, a menos de un kilómetro de distancia.

—He hablado con Margie Danton, una compañera de trabajo —dijo Grace, para tranquilizarme—. Margie está viviendo con otras tres chicas en un pequeño apartamento del centro. El apartamento es muy caro e incómodo y pensé que Margie podía venir a vivir conmigo. Aceptó, encantada, en cuanto se lo propuse. Es una chica deliciosa, nos llevaremos muy bien y no estaré sola.

—De acuerdo —respondí.

Pero dos noches después recibí una llamada urgente en comisaría.

Eran las once y media de la noche.

—¡Por amor de Dios, Zach, ven en seguida! —resonó el grito de Grace en mi oído—. ¡El está aquí, destrozando las ventanas! ¡Margie y yo...!

La comunicación se cortó. Insistí o insistí, marqué su número tres veces..., antes de darme cuenta de que la línea estaba cortada.

En principio, distraída mi mente en otros problemas, no comprendí lo que Grace había querido decir al gritar: *¡El está aquí...!*»

Pero inmediatamente entendí: *él* era Ketchum, el asesino de Ed Cumber, un espectro salido de su tumba para cumplir su venganza.

Salí de mi despacho y bajé a la carrera hasta el garaje.

Puse la sirena y aceleré a tope.

El coche chirriaba y se bamboleaba al tomar las curvas, pero creo que cubrí la distancia que separa la comisaría de West Street en un tiempo récord.

CAPITULO IV

Mi coche saltó sobre la acera, pasó por encima de un seto y se detuvo ante el porche de la casa de los Cumber.

Dejé los faros encendidos, pues la casa estaba a oscuras.

Desenfundé el revólver y me apeé del automóvil.

Avancé despacio, receloso.

Bajo el porche, el suelo estaba regado de fragmentos de vidrio procedentes de la cristalera ámbar de la puerta.

Afortunadamente, los vanos de la cristalera estaban protegidos por finas barras de hierro artístico forjado y la puerta continuaba cerrada.

Contorneé la casa.

Me detuve, espeluznado, al escuchar aquel jadeo hondo, muy próximo.

«Parece... el estertor de una fiera», pensé.

Pero grité, descompuesto:

—¡¡Salga de ahí con las manos en alto o le acribillo!!

Por toda respuesta, escuché un horrísono estrépito y el característico tintineo de los pedazos de vidrio chocando contra el suelo.

Avancé a la carrera, dispuesto a disparar locamente en cuanto percibiera la menor sombra sospechosa.

La puerta de la cocina estaba abierta y el cristal esmerilado de su parte superior destrozado.

En alguna parte de la casa se oyó un agudo y terrorífico chillido femenino.

Sin ninguna precaución ya, penetré en la casa por la puerta de la cocina.

Busqué a tientas el interruptor de la luz y lo bajé. Pero la luz no se encendió. ..

¡Alguien había cortado la acometida eléctrica en el exterior...!

El grito tomó a repetirse.

Ahora ya no me cabía ninguna duda... ¡Grace acababa de gritar! Y su alarido provenía del piso superior.

Recorrí el pasillo y me lancé escalera arriba en una carrera loca.

A contraluz, vi la elevada silueta del intruso, en el salón.

En la penumbra, sus ojos fosforescían como los de un felino.

Disparé, porque también mis nervios se habían desatado.

El asesino dejó escapar un bramido rabioso. Creí que iba a caer al suelo, pues se tambaleó, apoyado sobre un sillón, pero de repente saltó sobre mí con una agilidad increíble y me derribó.

Por fortuna, mi revólver estaba en la mano y me revolví desesperadamente y le golpeé con fuerza en la cabeza.

A pesar de ello, unas manos enormes ciñeron mi cuello y

apretaron brutalmente.

Sentí un vahído. Comprendí que iba a morir y me debatí con todas mis fuerzas en un desesperado intento de escapar a la muerte.

Creo que volví a disparar de forma inconsciente. Sonó una detonación ahogada y las zarpas se aflojaron alrededor de mi cuello.

Hinché mis pulmones de aire y advertí que el cuerpo de mi agresor dejaba de presionar el mío.

Luego escuché sus pasos en la escalera y conseguí incorporarme, aunque mi estado general era lamentable.

Descendí a trompicones e incluso perdí el equilibrio al final de la escalera, por lo que los últimos peldaños los bajó rodando violentamente.

A la luz que penetraba desde el pasillo de la cocina, vi el reguero de sangre sobre el pavimento.

«Está malherido —razoné—. No llegará muy lejos.»

Corrí cuanto pude..., que era muy poco.

Fuera, alguien se abría paso con gran estrépito a través de los setos y los arbustos que limitaban por detrás la casa de los Cumber.

Disparé a ciegas varias veces y esperé.

Por fortuna, un coche-patrulla se detuvo en aquel momento en West Street, atraído —pensé—, por los disparos que yo mismo había hecho.

Dos agentes corrieron hacia mí, revólver en mano.

Me reconocieron en seguida y les expliqué lo ocurrido en pocas palabras.

Guiados por la luz de sus linternas, avanzamos en pos del fugitivo.

Debía estar perdiendo sangre a borbotones, a juzgar por las grandes manchas escarlata que iba dejando como rastro.

Detrás de los arbustos, descubrimos una tapia de paneles prefabricados de hormigón.

Sobre el hormigón estaban los refregones sanguinolentos que mostraban el paso del asesino: había conseguido saltar la tapia.

—¡Búsquenlo! —ordené—. Yo debo volver a esa casa. Había dos mujeres solas. Aún no sé qué ha ocurrido ahí dentro.

Retrocedí.

Busqué una linterna en mi coche y entré en la casa.

—¡Grace! —grité, al tiempo que ascendía la escalera—. ¡Soy yo, Zach!

Nadie respondió a mi llamada.

Me aterré.

¿Estaban... muertas?

La angustia me ahogaba, mientras ascendía lentamente, peldaño a peldaño.

El salón superior parecía un campo de batalla: sangre, sangre,

sangre... Muebles derribados, convertidos en astillas, lámparas por el suelo.

—'¡Contesta, Grace, por el amor de Dios! —grité.

Oí una vocecilla apagada y me orienté por ella a través de un pasillo hasta una alcoba con dos camas.

Debajo de una de ellas y envueltas en mantas..., estaban Grace y su amiga, Margie Danton.

No consintieron en salir de allí, a pesar de mis ruegos, hasta que iluminé mi cara con la linterna y Grace me reconoció.

Las dos sufrían un lamentable estado de nervios, pero fue ostensible su suspiro de alivio cuando las ayudé a salir de su improvisado refugio.

—¿Dónde..., dónde está esa bestia? —inquirió Grace.

—No creo que vaya muy lejos —respondí, todavía jadeante—. Le he metido dos balazos en el cuerpo.

—¿Te convences ahora, Zach? —exclamó Grace, tan pálida y demacrada—. ¡Es él, Budd Ketchum! Se ha propuesto cumplir su venganza y no cederá hasta asesinarme.

Sus palabras me impresionaron, pero conseguí disimular mi estado de ánimo.

—El hombre que penetró en esta casa no podrá cumplir ninguna venganza —afirmé—. Está malherido, va desangrándose y dos policías le siguen los pasos. Dentro de unos minutos tendrá tras sus huellas a dos centenares de agentes de la ley. No podrá escapar. Pero decidme, ¿cómo ocurrió?

—Margie y yo nos disponíamos a irnos a la cama, cuando sonó el timbre de la puerta. Bajé a abrir, pero era tarde y quise asegurarme de la identidad de la persona que llamaba. Abrí una de las contraventanas de la puerta y... volví a cerrar al reconocerle: era Ketchum

Según las dos mujeres, el asesino había golpeado brutalmente la puerta, las ventanas y cuanto encontró a su paso.

—Zach, le oí gruñir como una bestia. ¡No hablaba! ¡Gruñía, puedes creerlo! —exclamó Grace.

—Destrozó todos los cristales, pero no podía entrar, porque todas las puertas y ventanas de la planta baja están protegidas por rejas o persianas metálicas —agregó la morenita Margie.

—Luego se apagó la luz...

—He visto los cables de la acometida: están cortados —les dije.

—También cortó los del teléfono, pues la comunicación se cortó cuando yo estaba hablando contigo —susurró Grace, temblorosa—. Sin embargo, no sé cómo consiguió entrar...

—Arrancó la reja forjada que protege la parte superior de la puerta posterior de la cocina y rompió el cristal —les expliqué.

—Estábamos horrorizadas —dijo Margie—. Sin embargo, tomamos dos cuchillos de la cocina, dispuestas a hacerle frente. Pero cuando oímos sus pasos en la escalera y percibimos sus jadeos y sus gruñidos, perdimos el valor y corrimos a escondemos, aquí —terminó, señalando la cama.

Procuré tranquilizarlas.

—Desde luego, no permitiré que sigáis viviendo aquí, al menos hasta estar seguros de que ese individuo ha sido detenido, vivo o muerto —decidí—. Frente a la estación de policía, se encuentra el Universal, un pequeño hotel muy discreto. Os alojaréis allí, por el momento. Y no temáis: pondré dos policías a la puerta de vuestra habitación. Tomad un maletín con lo más imprescindible y seguidme.

Bajamos unos minutos después. Las chicas estaban acomodándose en mi coche, cuando se aproximaron los dos agentes que yo había enviado en pos del asesino.

—Lo siento, teniente —dijo uno de ellos—. Se nos escapó.

Monté en cólera.

—Pero..., ¡es imposible! Así que se les escapa un individuo al que herí por dos veces y que iba perdiendo sangre a raudales...

—Seguimos el rastro, y la verdad es que no me explico cómo el fugitivo podía seguir caminando, dada la intensa hemorragia que sufría. Pero un perro nos salió al paso. Era un «doverman» que se plantó ante nosotros y nos impidió el paso durante unos minutos, antes de que su dueño saliese de la casa y se lo llevase. Cuando reanudamos la persecución, no pudimos encontrar al hombre que seguíamos. Y el rastro de sangre se había interrumpido al llegar a Pace Street —explicó el 8 gente.

—Está bien —respondí—. Vuelvan a su coche y reanuden el servicio. Yo me ocuparé del resto.

Trasladé a Grace y su amiga al hotel Universal y volví a la comisaría. Di instrucciones al operador de radio para que enviase un mensaje urgente a todas las unidades de vigilancia nocturna y envié dos agentes de uniforme al hotel de enfrente con instrucciones muy específicas.

Y esperé en mi despacho.

Las unidades policiales patrullaron durante toda la noche incansablemente. Registraron hoteles, pensiones y apartamentos, edificios deshabitados y naves industriales en ruinas. También recorrieron los hospitales y otros centros asistenciales, pero el hombre que buscábamos no fue hallado.

Ni siquiera su cadáver.

CAPITULO V

Desde luego, Conrad Wislow era un hombro con tanto sentido práctico como yo. Escéptico en cuestiones sobrenaturales, me comunicó su opinión sin ambages:

—Sería estúpido buscar a Budd Ketchum. Es decir, a un muerto. Es posible que alguien se haya aprovechado de las circunstancias en su beneficio.

—¿Qué quiere decir, exactamente, comisario? —inquirí, perplejo.

—Imagínese que una persona tuviese motivos de odio centra Cumber y su hija...

—Pero ya sabe cómo era Cumber. Un hombre...

—Déjeme seguir —me cortó Wislow—. Alguien que odia a Cumber y sabe que Budd Ketchum le amenazó, busca a un hombre que guarde cierto parecido con Budd. Le encuentra, le obliga a maquillarse para acentuar el parecido y le paga para que mate a Cumber y a su hija. De esa forma, desviaría las sospechas y las pesquisas de sí mismo, para orientarlas hacia el absurdo. Pero ya sabe que la gente es muy crédula y está dispuesta a admitir cualquier historia de fantasmas.

—No está mal, como hipótesis —aprobó—. Por supuesto, no creo que Cumber tuviese enemigos, pero nunca se sabe... Investigaré en esa dirección.

—No —denegó Wislow—. Antes quiero encargarle de otro caso. Anoche desapareció un cadáver de la Morgue. Es curioso...

—¿Curioso? ¿A qué se refiere?

—El cadáver que ha desaparecido también pertenecía a un asesino. Douglas Humbolt asesinó, hace diez años, a toda una familia compuesta por cinco personas. Fue condenado a cadena perpetua, pero se volvió loco en la prisión y fue trasladado hace poco a nuestro hospital general. Humbolt murió ayer, víctima de una necrosis irreversible.

—Dice usted que su cadáver ha desaparecido de la Morgue... ¿Robado, tal vez? —pregunté.

—No lo sabemos, no lo podemos afirmar tajantemente —opinó el comisario—. A veces se cometen errores en el depósito. Hace poco, el cadáver de una mujer que debía ser trasladado a una ciudad próxima a ésta, fue enviado a las Hawai, por error. Puede haber ocurrido algo similar. Quiero que vaya a la Morgue e investigue el caso.

—Bien —respondí—. Iré ahora mismo.

Bajé al garaje y me dirigí a la calle Wotglass, donde se encontraba el depósito central de cadáveres.

Me entrevisté con el director, un hombrecillo triste y miope, que

llamó en seguida a un empleado, a quien dio la orden de hacer fácil mi investigación.

Me llevó a los frigoríficos, vi la sala dedicada a autopsias y comprobé meticulosamente todos los accesos.

Desde luego, el edificio entero carecía de rejas u otra protección. Lógico hasta cierto punto, pues no existen o muchas personas en este mundo interesadas en llevarse un «fiambre» como recuerdo.

McGarth, el empleado, me explicó que la autopsia de Douglas Humbolt había sido llevada a cabo por el forense, doctor Thomas Young, y su ayudante, el también doctor Zane Skelton (1).

(1) Skelton, es obvio, se parece mucho a Skeleton: esqueleto, en Además, Skelton y Skeleton se pronuncian igual, en dicho idioma.

«Curioso el apellido del ayudante», pensé, teniendo en cuenta que el doctor Skelton debía andar siempre entre cadáveres.

—¿Qué hicieron después con el cadáver? —pregunté a McGarth.

—Lo trasladamos al cajón frigorífico número ciento uno —respondió.

Volvimos a los frigoríficos. Había dos ventanas, que durante el día solían permanecer entornadas, según me explicó el empleado.

Una de ellas daba a un patio interior, donde se estacionaban los automóviles de doctores y personal. La del extremo contrario comunicaba con la calle.

—¿Cree que será fácil sacar un cadáver a través de una de esas ventanas? —pregunté.

—¡Quién sabe...! —exclamó—. Puestos a pensar en ello, yo escogería la ventana que da al patio. Sacar un cadáver por la de la calle, sería muy expuesto, ya que pasan muchos coches y transeúntes.

—¿A qué hora cierran las ventanas? —me interesé.

—Yo mismo suelo cerrarlas, hacia las nueve. Si he librado ese día. se encarga de ello otro empleado, Will Reynold. Anoche las cerró Reynold.

Examiné los marcos de las ventanas cuidadosamente. El alféizar de la ventana de la calle estaba cubierto por una regular capa de polvo, pero el correspondiente a la ventana del patio estaba parcialmente limpio.

Todavía hice unas cuantas preguntas más a McGarth, que se mostró amistoso y complaciente en todo momento.

Quedamos en que llamaría a comisaría en el caso de que hubiese alguna devolución de los cadáveres que se habían enviado el día anterior a distintas localidades y me despedí de él.

Si, como había comentado Wislow, todo se debía a un error, no tardaríamos en saberlo, puesto que el cadáver de Douglas Humbolt sería devuelto de su equivocado destino.

Había que esperar, pues, algunas fechas.

Sin embargo, yo pensaba en otra cosa: en Budd Ketchum.

A raíz de mi visita a la Morgue, una idea martilleaba constantemente mi cerebro: ¿qué ocurrirá si exhumásemos el féretro que deberla contener los restos de Budd?

Hablé con Wislow acerca de ello, aunque sabía de antemano que me exponía a sus burlas.

Por el contrario, el comisarlo se mostró muy interesado en el asunto.

—Hablaré con el Juez —prometió—. Aunque los magistrados suelen mostrarse siempre reacios a autorizar las inhumaciones de personas ejecutadas por la ley. Intentaré conseguir esa autorización porque... también yo empiezo a sentirme obsesionado por este asunto. Sin embargo, prométame una cosa, en el caso de que obtuviese esa autorización...

—¿Qué es ello? —exclamé asombrado.

—Que se olvidará de los espectros si encontramos el cadáver de Ketchum en su tumba —especificó Wislow.

—Se lo prometo. Nadie más escéptico que yo en ese sentido. Porque el hombre que estuvo a punto de estrangularme en la casa de los Cumber no era ningún fantasma —respondí, acariciándome los hematomas que aún podían verse en mi cuello.

* * *

Me encontraba en un taller mecánico de las afueras supervisando el cambio de los neumáticos normales de mi coche por otros dotados de clavos de acero antideslizantes, pues a la lluvia había sucedido la nieve y calles y vías interurbanas aparecían cubiertas por una densa capa de nieve.

—Le llaman, teniente —dijo el mecánico, que había escuchado el zumbido del radioteléfono instalado en mi automóvil.

Era Conrad Wislow.

—Tengo el documento que nos permitirá descartar a los espectros —dijo el comisario. Y comprendí en seguida que se trataba de la autorización para exhumar los restos de Budd Ketchum.

—Estaré en el cementerio en poco más de un cuarto de hora, señor —prometí—. Están terminando de cambiarme los neumáticos.

—No se entretenga. He convocado a los enterradores y al representante del juez para las ocho de la noche —recomendó Wislow.

—No faltaré —prometí.

Cinco minutos más tarde conducía mi coche hacia el cementerio del Sur, donde había sido sepultado Budd Ketchum.

Dejé el coche a la entrada, mostré mi documentación al hombre que montaba guardia en la puerta y caminé sobre la nieve a través de

la calle principal del camposanto.

Era noche cerrada. No nevaba, pero un viento lóbrego, sutil, heló mis mejillas en pocos segundos.

Me guié por el resplandor de varias lámparas de gas que lucían en un extremo alejado del cementerio.

Conrad Wislow, enfundado en un grueso chaquetón de pieles y embutido el sombrero hasta las orejas, me saludó con un gesto y dio orden a los sepultureros de que podían comenzar su labor.

No era un acto muy agradable, de no sentirme tan intrigado, seguramente yo hubiera evitado venir al cementerio.

Las palas de los enterradores separaron el montículo de nieve y luego los picos atacaron la tierra helada y apelmazada.

Habían profundizado poco más de un metro, cuando las herramientas tropezaron con el féretro.

No era preciso extraerlo hasta la superficie; bastaba con elevar la tapa y comprobar el macabro contenido.

—Abran —dijo Wislow.

Rompieron el cierre metálico de un golpe de pico y la tapa fue abierta, tras un chirrido de goznes enmohecidos.

Todos nos inclinamos ávidamente para comprobar si estaba vacío.

—Ahí lo tiene —dijo Wislow, burlón.

Dentro del ataúd aparecía la silueta clásica de un cuerpo humano, rodeada por una mortaja descolorida y mohosa.

No estaba vacía la tumba, según yo había sospechado en un momento de loca fantasía.

Pero yo no había provocado aquella situación para conformarme con contemplar un simple bulto.

Y por eso dije a uno de los sepultureros, precisamente aquel que se encontraba en el hoyo:

—¿Quiere retirar la mortaja, por favor?

El hombre obedeció de mola Rana.

Al tirar, la humilde tela se rompió. Debajo apareció un cuerpo embutido en un oscuro traje de gamuza, ya podrido.

Pero en el lugar donde debiera estar la cabeza no vi otra cosa que un relleno sin formas.

Súbitamente, me abrí paso entre los sepultureros y salté al fondo del hoyo.

—¡Teniente! —gritó el comisario Wislow—. ¿Qué se propone?

Comencé a desabotonar la chaqueta que cubría aquel cuerpo y... hundí mis dedos en el relleno de serrín y piedras.

—¡Esto! —respondí, mostrando al comisario un puñado de serrín.

CAPITULO VI

Volvimos a la comisaria, después de que el representante del juez levantase un acta en la que se certificaba el resultado de la exhumación:

... y rotos los selles del féretro, el teniente Zachary Chardom, de la Sección de Homicidios, procedió a desabotonar la chaqueta que cubría aquel cuerpo, lo cual permitió comprobar que, en lugar del cadáver de Budd Ketchum, el ataúd contenía unos rellenos de tela y serrín, que imitaban de alguna forma un cuerpo humano. De todo lo cual, doy fe y atestiguan los que abajo firman...»

—Venga a mi despacho —me pidió Wislow, ya en la comisarla.

Tuvo un gesto poco acostumbrado: sacó de un armario una botella de coñac francés y dos copas y escanció en cada una de ellas una generosa ración de licor. Tras lo cual, me entregó una diciendo:

—Un buen trago tal vez nos evite un mal constipado, Zach.

Bebimos.

—¿Qué piensa de todo esto, Zach? —me preguntó, al cabo.

Le ofrecí un cigarrillo y fumamos.

—No sé qué decirle, comisario. De una u otra forma, esto era lo que yo esperaba: que el cadáver de Ketchum hubiera desaparecido —respondí, pensativo.

Wislow produjo con los labios una especie de «pff-pff» y se agitó, inquieto, en su sillón.

—¡Grotesco! —pronunció—. ¿Qué se puede hacer con un cadáver?

—Estudiantes de Medicina y los mismos profesores se han visto involucrados en ocasiones en casos dé éstos. ¿Para qué roban los cadáveres? Sencillamente: para realizar disectomías, para estudiar el cuerpo humano de forma práctica e incluso para realizar ciertos experimentos —respondí.

Wislow apuró su copa y me miró con interés.

—Es curioso —dijo—. ¡Las ocultas y sinuosas leyes del azar, quizá! Estamos ocupándonos del insólito caso de Budd Ketchum, cuando... desaparece el cadáver de otro criminal, Douglas Humbolt.

—Quizá no tengan nada que ver entre sí, los dos casos —dije, esperanzado.

—No se le ocurre nada más original, supongo —pronunció Wislow con su acostumbrado humor cáustico.

—Sí, aunque le sorprenda. He descubierto que es muy fácil robar uno o varios cadáveres de la Morgue. Pero me refiero principalmente a la desaparición del de Douglas Humbolt. Sin contar con usted, he

enviado telegramas a los familiares de todos los fallecidos cuyos restos fueron trasladados ayer desde el depósito de cadáveres. Sólo les pido que comprueben si los cuerpos recibidos son en efecto los de sus deudos y que, en caso contrario, avisen urgentemente a esta comisaria.

—Bien. Pero ¿qué ganaremos con ello? —se interesó el comisario.

—Tiempo —respondí—. Sabremos en seguida si el cadáver de Humbolt fue enviado por error a un lugar que no le correspondía. O si, por el contrario, su cuerpo fue robado.

—Bien. Sólo nos queda esperar.

* * *

A la mañana siguiente tenía doce telegramas en mi despacho.

El texto de los mismos variaba, pero en resumen decían lo mismo: los remitentes habían recibido los cuerpos de sus familiares muertos. No, no se había producido ningún error.

Así que *el. cadáver de Douglas Humbolt había sido robado.*

* * *

La mano que descolgó el teléfono lucía un solitario en platino con un brillante que despidió destellos irisados.

—Sí, soy yo. ¿De qué se trata? —preguntó.

—Señor, ese policía me preocupa.

—¿Quién es?

—Se llama Zach Chardom. Durante la última semana me ha seguido a menudo, me acosa, me perturba... Sé que está interrogando a muchas personas, ansioso por obtener datos sobre mi.

—No sea estúpido. ¿Qué puede descubrir? ¡Nada!, si usted se conduce con normalidad. Hágame caso, no le preste la menor atención, pero evite acudir al laboratorio hasta que yo se lo indique...

—Pero, ¡señor! ¡El proceso sufriría...!

—¿No tiene a Dopper y a Ercy? Ellos están preparados para encargarse del mantenimiento.

—Ese hombro, Chardom, me inquieta, señor. Si lograse averiguar...

—¡Cállese! No ocurrirá nada. Yo me ocuparé de Chardom. Y óigame bien: no deje salir a Ketchum. La acción de la policía es consecuencia de los desmanes de ese hombre. He gastado mucho dinero y estoy dispuesto a emplear muchísimo más en sus experimentos, pero de ninguna forma permitiré errores.

—Señor, dejé en libertad a Ketchum para comprobar que mis experimentos habían tenido éxito.

—Y ¿cuál es el resultado? —el brillante lanzó un potente destello que se reflejó en las arrugadas facciones de su propietario.

—Positivo, señor, ¡superior a lo que esperaba! Si bien todavía

hemos de continuar las experiencias para alcanzar el éxito total. Líbreme del teniente Chardom y... yo me ocuparé de lo demás.

—Perfectamente. Pero escúcheme bien: no vuelva a utilizar el teléfono para comunicarse conmigo. Alguien podría estar escuchando, espiando y, en ese caso, nuestro programa se hundiría.

—En tal caso, ¿cómo podré comunicarme con usted?

—Yo estaré siempre cerca. Despreocúpese del asunto. A partir de hoy, podrá trabajar sin impedimentos.

* * *

Las horas de mi guardia nocturna transcurrían monótonamente.

Pensé que lo mejor sería solicitar de Wislow que me librase de la esclavitud de la guardia para poder dedicarme por completo a la investigación.

Eran las tres de la madrugada. En mi despacho, la calefacción producía un ambiente cálido, confortable. Pero a través de la ventana veía caer los gruesos copos de nieve que iban cubriendo paulatinamente la calzada, las aceras y los vehículos estacionados.

A las tres y veinte minutos de la madrugada, el sargento O'Connor penetró en mi despacho.

—Una llamada urgente, teniente. Acaban de asesinar a un encargado de la fábrica de productos químicos Allacids. Uno de los obreros subió a la cabina donde se encontraba el encargado y le encontró muerto, con un balazo en la nuca. ¿Quiere que le acompañe alguien?

La gripe había puesto fuera de combate a media plantilla policial y en comisaría sólo quedaban el sargento O'Connor y el agente Davis, que resistían heroicamente a la fiebre, a la jaqueca, a la tos y a los dolores musculares.

—No, iré solo —respondí—. Llamaré por el radioteléfono a alguna de las unidades móviles del sector.

Bajé al garaje.

El frío era tan intenso que mi coche racaneó bastante antes de que el motor rugiera, potente, bajo el *capot.*

Mientras conducía a velocidad moderada hacia la zona Este, un pensamiento comenzó a inquietarme.

—Allacids, productos químicos —murmuré.

¿No había quebrado aquella empresa un par de años atrás?

Aquel nombre, Allacids, me sonaba. Pero finalmente, me encogí de hombros. Tal vez la empresa hubiera recibido alguna aportación financiera del Estado o de alguna entidad bancaria privada, vaya usted a saber.

«Puede tratarse de cuestiones laborales», imaginé, pensando en el asesinato del encargado de Allacids.

Quizá algún obrero disconforme había empleado la vía más rápida

y tajante para librarse de un encargado despótico, o, tal vez, se tratase de una conspiración laboral.

Decididamente, yo debía pedir a Wislow que me librase de las guardias nocturnas, pues bastante tenía ya con mi dilatada jornada diurna.

Descolgué el radioteléfono, dispuesto a comunicarme con la central y enviar mi aviso a las unidades móviles del sector Este.

Pero mi radioteléfono estaba averiado, por lo que no conseguí establecer comunicación.

Era raro: aquel aparato jamás había fallado.

Sin embargo, seguí adelante, confiando en que encontraría alguno de los auto-patrullas antes de alcanzar la zona industrial.

No fue así.

A las cuatro menos cuarto mi coche penetró a través de la entrada a una vieja factoría en deficientes condiciones de conservación y un hombre cuyo rostro apenas pude vislumbrar en la oscuridad me guió hasta una larga nave cuyas ventanas aparecían destrozadas.

Dentro, una densa humareda tóxica me obligó a toser.

—Está allí, al fondo de la nave, en la cabina elevada —me indicó el hombre que me acompañaba, el cual se había cubierto inmediatamente el rostro con una careta antigás.

Me tendió otra a mí y dijo:

—Póngasela. Las emanaciones de los ácidos pueden producir ceguera.

Me puse la careta. Pero el artilugio no funcionaba y yo estuve a punto de ahogarme, por lo que me la quité de un manotazo y la arrojé al suelo.

—Vaya delante de mí. Guíeme —indiqué, protegiendo mi nariz y mi boca con un pañuelo.

El hombre obedeció.

Yo me había puesto antes de salir un ancho y confortable chaquetón de cuero.

No había escogido aquella prenda solamente para abrigarme: en un bolsillo interior llevaba una pistola-ametralladora «Ingram» con treinta y dos cartuchos, perfectamente disimulada bajo el amplio chaquetón.

Vi a algunos obreros manipulando un gran baño de ácido desde el cual se elevaban vaharadas de vapor sulfuroso.

No podía contemplar sus facciones, porque todos protegían sus rostros con máscaras antigás.

Tosí secamente, porque a pesar del pañuelo, el gas penetraba en mis pulmones.

Miré hacia arriba: Había una larga cabina encristalada sustentada sobre vigas de hierro, a unos seis metros del suelo, a la que se

llegaba por una escalera metálica muy empinada.

Esperé a que el hombre que me precedía comenzase a ascender y subí en pos de él.

Avanzamos a lo largo de un pasillo elevado protegido por una baranda metálica y el hombre se detuvo ante una puerta.

Miré fugazmente y... advertí que la habitación estaba vacía.

El individuo que me había acompañado me empujó brutalmente contra la baranda.

Mis riñones golpearon dolorosamente contra el travesaño de hierro y unas manos enguantadas aferraron mi garganta y trataron de empujarme al vacio.

Yo sabía lo que había seis metros más abajo: un baño de ácido de considerables proporciones.

En una ocasión, había tenido que intervenir en una fábrica: un obrero había caído accidentalmente a un baño de ácido sulfuroso. Cuando consiguieron extraerle del ácido sus facciones se habían borrado como si fuesen de cera y de los brazos apenas quedaban los huesos.

Sólo podía hacer una cosa.

Y la hice.

Me sujeté con los pies sobre la plataforma, metí mi mano en el bolsillo derecho y mis dedos llegaron al bolsillo interior.

Los estampidos de mi «Ingram» sonaron muy atenuados, pero las balas perforaron mi chaquetón de cuero y se clavaron en el abdomen de mi enemigo.

Una metralleta comenzó a trepidar desde abajo y tuve que tirarme de bruces al suelo.

CAPITULO VII

Volví a toser. Mis vías respiratorias comenzaban a sentir el efecto del gas tóxico y mis ojos parpadeaban y lagrimeaban abundantemente.

Palpé a mi alrededor y me manché de la sangre que brotaba del vientre del hombre que había intentado convertirme en un esqueleto mondo.

Me incorporé un poco.

Intentaba ver a través de las vaharadas de vapor sulfuroso, pero mis ojos, irritados ya, apenas veían.

Saqué la «Ingram», decidido a disparar en cuanto advirtiera cualquier movimiento a mi alrededor.

Ya me disponía a iniciar la aventura de descender la escalera metálica de acceso a la cabina, cuando escuché el quejido.

El hombre que me había guiado a aquella monstruosa trampa agonizaba.

Su máscara antigás de nada le iba a servir ya y a mí podía salvarme la vida.

La desprendí, recuperé el pañuelo, me limpié los ojos y me la puse.

El moribundo elevó una mano hacia mí.

—¿Qué...?

—¡Sea... sea... Seatzzz! —balbuceó.

—¡Haga un esfuerzo! ¡Más claro! —grité.

Pero aquel hombre no respiraba ya: estaba muerto.

Abajo sonaron unos gritos.

Me incorporé, dispuesto a disparar, cuando vi a los policías que corrían hacia el fondo de la nave.

Tuve que quitarme la máscara porque mis pulmones estaban muy irritados y la tos me ahogaba.

Los hombres de la unidad móvil número Nueve me tomaron en volandas y me sacaron de allí.

Tuvieron que llevarme urgentemente al hospital, ya que apenas podía respirar, y quedé internado, en observación.

A la mañana siguiente pedí el alta y me la concedieron.

Tranquilicé a Grace y a mis padres y me trasladé a la comisaría.

Las noticias que el comisario me dio no eran precisamente tranquilizadoras.

—Era una encerrona, Zach —me dijo—. La empresa Allacids no existe ya. Quebró hace más de dos años y sus instalaciones están en desuso.

—Pero yo vi allí a unos obreros trabajando —exclamé, estupefacto.

—Cuando llegaron los agentes de la unidad Nueve, el lugar estaba solitario, a excepción de usted mismo y el cadáver de Nat Wilbur.

—¿Quién era Wilbur?

—El hombre que yacía muerto a su lado, cuando le recogieron.

—¿Entonces?

—Sé que no le hará mucha gracia, Zach, pero me temo que se trate de una conspiración orientada a asesinarle a usted. Véalo, si no: denuncian un asesinato que no existe..., para hacerle caer en la trampa. Su radioteléfono no estaba averiado, pero alguien había desconectado la toma de la batería para que usted no pudiera comunicarse, ¿comprende?

Carraspeé. Mi garganta estaba aún en carne viva.

—Entiendo. Lo de Allacids sólo fue... una puesta en escena para eliminarme. ¡Sí! El plan estaba muy bien urdido: una denuncia por asesinato, una nave industrial, unos obreros provistos de máscaras y... un baño de ácido —terminé, disimulando un escalofrío.

—Así es. Por fortuna, el sargento O'Connor tuvo la precaución de radiar un mensaje a la unidad Nueve, diciéndoles que usted se dirigía a Allacids y apremiándoles para que le prestasen su ayuda.

Wislow me ofreció un cigarrillo, pero lo rechacé porque mis vías respiratorias no estaban en disposición de admitir el humo.

—Debe... debe haber algo —reflexioné—. Algo que haya provocado esa reacción. Durante los últimos días he pateado la ciudad interrogando a docenas de personas. Supongo que alguien se ha dado por aludido y ha comenzado a sentirse inquieto. Pero ¿quién?

—Déjelo estar, Zach —me recomendó Wislow—. Va a tomarse unas vacaciones y otros detectives se encargarán de proseguir sus investigaciones. Créame, me preocupa la complejidad del atentado que estuvo a punto de costarle la vida, Zach.

Ya me disponía a rechazar las vacaciones que me ofrecía el comisario, cuando pensé que quizá me convinieran unas semanas de descanso.

El hecho de estar franco de servicio me permitiría una mayor libertad de movimientos y la suficiente autonomía.

Acepte, por tanto, la propuesta de Wislow.

—Márchese a descansar —me dijo—. Necesita cuidar sus ojos y su garganta, teniente.

¿Descansar?

Nuda más alejado de mis verdaderas intenciones.

No voy a negar que me sentía asustado. Sin embargo, por encima de mi miedo, estaba dispuesto a desenmascarar a la persona que había preparado para mí un peligroso baño de ácido sulfhídrico.

Yo había obtenido de Wislow la promesa de que continuaría la

protección policial en torno a Grace Cumber. En cuanto a esto, me sentía tranquilo.

Mientras descendía hacia el garaje, pensé en el ataúd lleno de serrín y piedras en el que debería yacer para siempre el cadáver de Budd Ketchum.

Todo parecía indicar que, por las razones que fueren, *Ketchum estaba vivo.*

Ahora bien: yo le había herido de dos balazos en casa de los Cumber. Si mis balas —y la abundante hemorragia— no habían bastado para abatirlo, debía encontrarse en algún sitio, escondido.

Alguien se debía haber ocupado de curar sus heridas, de ofrecerle un refugio. Un médico, desde luego.

Ya sabemos que existen algunos doctores poco escrupulosos que atienden a los delincuentes a cambio de una crecida suma de dinero.

Así que durante los tres días siguientes me dediqué a vigilar discretamente desde mi coche los domicilios de los doctores Armstrong, Ellendale, Murl, Willmar y Brainerd, que eran para mí los principales sospechosos.

Confieso que perdí el tiempo lastimosamente, por lo que decidí abandonar aquella vigilancia.

En la tarde del diecinueve de diciembre, Grace y yo salimos a recorrer las tiendas, pues ella quería comprar algunos regalos para mi familia y sus amistades con motivo de las próximas Navidades.

Grace, según el clásico modelo femenino, invirtió dos horas en comprar aquellos obsequios, después de mirar y remirar mil veces la mercancía.

Nos encontrábamos en unos grandes almacenes, cuando advertí que un individuo nos seguía.

Me detuve ante un espejo y simuló ajustarme el nudo de mi corbata.

Lo vi mezclado entre la gente. También él simulaba manosear algunas piezas de bisutería barata, pero en realidad no me perdía de vista un solo segundo.

¿Quién era aquel individuo?

Le contemplé de reojo.

Era un hombre de mi estatura, es decir, debería medir poco más de un metro ochenta centímetros, pero me superaba en anchura y corpulencia.

Vestía un abrigo oscuro, llevaba el sombrero calado hasta las cejas y velaba sus ojos con unas gafas oscuras.

Grace había terminado sus compras y daba instrucciones a una dependienta para que les fueran remitidas al hotel Universal.

—Vuelve al hotel —le dije en un susurro—. Vamos a simular que nos despedimos con toda normalidad.

—¿Qué ocurre, Zach? —preguntó ella, alarmada.

—Nada importante, pero un tipo lleva siguiéndonos media hora y quiero comprobar su identidad —respondí.

Sus labios temblaron. Sin embargo, tuvo suficiente ánimo para besarme en los labios y fingir una despedida afectuosa.

Cuando Grace desapareció, yo di aún una vuelta a lo largo de los mostradores, pero cuando me volví mi seguidor había desaparecido misteriosamente.

Recorrí todo el almacén, pero no lo encontré.

Al anochecer del día siguiente volví a casa y encontré muy alarmados a mis padres.

Al parecer, un individuo —cuyas señas coincidían con las de mi seguidor de la noche anterior— había estado rondando nuestra casa de Milenary Pino durante todo el día.

—Llegó a ponernos nerviosos. Con toda desfachatez, dio varias vueltas alrededor de la casa y lo estuvo curioseando todo. Estuve tentado de llamar a la policía —declaró mi padre—, pero preferí hablar contigo antes.

Procuré tranquilizarlos, pero yo mismo comenzaba a sentirme muy inquieto.

Poco después, yo estaba cambiándome de ropa en mi habitación, cuando se me ocurrió mirar al exterior a través de los visillos.

«Terminaré viendo fantasmas», me burlé de mi mismo.

Pero el hombre estaba allí, inmóvil sobre la acera, espiando la casa.

Me encolericé.

Terminé de vestirme apresuradamente y bajé a la calle.

El desconocido espía me miró pero continuó inmóvil, sin demostrar ningún temor.

Empuñé el revólver dentro del bolsillo izquierdo de mi abrigo y caminé hacia él.

—Policía —le dije, mostrándole mi credencial—, ¿Quiere enseñarme su documentación?

Un poste de alumbrado público iluminaba sus pálidas y demacradas facciones.

Sin dejar de vigilarle atentamente, vi que introducía una mano en el interior de su abrigo y...

De repente me embistió con la cabeza gacha y me despidió de un bestial cabezazo en el rostro.

Caí de espaldas, con los labios partidos, chorreando sangre.

Mi revólver, que había sacado del bolsillo maquinalmente, había rebotado sobre la calzada y estaba fuera de mi alcance.

Alcé el rostro y miré a aquel individuo.

Su sombrero estaba en el suelo, al igual, que sus gafas, que se habían partido al chocar contra mi rostro.

Me estremecí al reconocer aquellas facciones... ¡Aquel hombre era Douglas Humbolt!

CAPITULO VIII

—¡No puedo... creerlo! —gemí, aterrado.

Pero era él, no había duda.

Las mismas facciones delgadas, aguzadas y crueles, la misma cicatriz que llegaba desde la garganta a la sien izquierda.

Yo había visto sus fotografías policiales en la comisaria y no podía equivocarme.

Sus ojos me vigilaban, malignos.

A pesar del intenso dolor y de que seguía chorreando abundante sangre por boca y nariz, di un salto con la intención de recuperar mi revólver.

Humbolt se interpuso en mi trayectoria y me rechazó de un patadón en el pecho. El golpe fue tan medido y salvaje, que mi respiración se cortó.

Humbolt, sin embargo, parecía decidido a rematar su tarea. Vi brillar un cuchillo y al fin conseguí gritar con todas mis fuerzas.

Mi padre salió en ese momento de la casa.

Traía una escopeta de caza entre las manos y se la echó a la cara, decidido a todo antes de que Humbolt me rebanara el cuello con su cuchillo.

Sin embargo, estaba tan nervioso que la perdigonada salió demasiado alta y pasó por encima de Humbolt, sin tocarle.

Antes de que mi padre volviera a disparar el segundo cartucho, Humbolt se abalanzó sobre él y dio un tirón del arma con tanto ímpetu, que la escopeta se partió por la culata.

Mi pobre padre cayó de bruces y sus lentes se hicieron añicos sobre el pavimento.

Entonces Humbolt se inclinó sobre el suelo y tomó mi revólver.

En aquel momento, un automóvil avanzó a gran velocidad hacia nosotros.

El asesino se volvió, dispuesto a disparar.

El coche de Joe Bolton, mi cuñado, le embistió y le derribó.

Joe frenó a fondo y se lanzó fuera del coche.

A pesar del tremendo golpe recibido, Humbolt se puso en pie y escapó a la carrera, desapareciendo en la oscuridad antes de que mi cuñado lograse reaccionar.

Mi padre, a cuatro patas, tanteaba el suelo en un inútil y patético intento por recuperar sus lentes.

Me puse en pie, auxiliado por Joe, y busqué un pañuelo con el que limpiarme la sangro que manchaba mi rostro.

Entramos en la casa y Joe llamó a la policía.

Entre mi madre y mi hermana consiguieron contener mi hemorragia nasal. Poco después llegaron dos coches policiales. En

uno de ellos venía el comisario Wislow.

Le expliqué, en privado, cuanto acababa de ocurrir.

—¡Humbolt! —exclamó—. ¡Es increíble!

Sonreí con tristeza.

—Ese fue mi primer comentario, al reconocerlo. Pero era él, comisario, puede creerlo —afirmé.

—Pero ¿cómo explicarlo? Humbolt murió e incluso fue sometido a la autopsia por el doctor Young...

—Es cierto. Pero ahora está vivo y es peligrosísimo. Creí que Joe le había roto las piernas al atropellarlo para evitar que disparase, pero se puso en pie y huyó con una agilidad inimaginable.

—¡Es como para volverse loco! —exclamó Wislow, absolutamente desconcertado—. Todo esto..., parece una de esas historias para no dormir, un relato de ciencia ficción..., ¡no sé!

—Lo admito —respondí, pronunciando las palabras con gran dificultad—, pero debemos rendirnos a la evidencia: tanto Humbolt como Ketchum han vuelto a la vida. Si detenemos a uno de ellos, tal vez hallemos la explicación.

Wislow volvió a su coche y radió un mensaje a la central ordenando que todas las unidades móviles se dirigiesen a Milenary Pine y tamizasen la zona, casa por casa, agujero por agujero, con el fin de encontrar a Douglas Humbolt.

De la academia de policía fueron traídos unos cuantos sabuesos a los que les fue dado a oler el sombrero de Humbolt, abandonado por su dueño.

Durante el resto de la noche, escuché los ladridos de los perros y el incesante patrullar de automóviles y policías.

Pero al igual que Budd Ketchum, Humbolt se había esfumado sin dejar rastro.

* * *

El día doce de enero desapareció otro cadáver de la Morgue.

Se trataba ahora de una mujer, muerta en accidente de automóvil el día anterior.

Sarah Keene tenía veintiún años en el momento de su muerte y desempeñaba una insólita profesión: era espiritista.

El comisario en persona se trasladó al depósito de cadáveres. Yo también le acompañaba, pues mis vacaciones habían terminado ya.

El cadáver de Sarah Keene había sido echado en falta a las ocho de la mañana, cuando los empleados de la funeraria se presentaron en la Morgue dispuestos a sepultarlo.

Will Reynold se había encargado del servicio nocturno en la Morgue hasta las siete de la mañana.

Obtuvimos su dirección y le detuvimos, medía hora después.

Bajo la almohada de la cama donde dormía tranquilamente, encontramos un fajo de dinero: mil dólares en billetes pequeños.

Reynold empezó negando su culpabilidad, pero no pudo justificar con pruebas los mil dólares y terminó confesando:

—Ayudé al doctor Zane Skelton a sacar el cadáver por la ventana que da al patio posterior y lo cargamos en el maletero de su coche.

—Lo cual significa que también colaboró con el doctor Skelton en el robo del cadáver de Douglas Humbolt —acusé inmediatamente.

—Sí. En aquella ocasión sólo me entregó quinientos dólares —declaró.

Mientras Will Reynold era trasladado a la comisaría en un coche-patrulla, Wislow y yo nos trasladamos rápidamente al domicilio del doctor Zane Skelton.

Se trataba de un viejo caserón de dos plantas situado en Viceroy Street, una de las pintorescas callejuelas del barrio antiguo.

Llamamos varias veces, sin obtener respuesta.

—¿Puede abrir? —me preguntó el comisario.

Retrocedí, tomé impulso y abrí la puerta de un patadón.

Entramos.

La parte anterior de la casa estaba más cuidada e incluso contaba con un gabinete para las consultas, un salón y una alcoba. Pero el resto del edificio estaba muy sucio y abandonado y el aspecto general era ruinoso.

En la planta superior, los cristales de las ventanas estaban rotos en su mayoría. El papel de las habitaciones aparecía rasgado y mohoso y apenas había algunos muebles inservibles, apolillados.

Al fondo de la habitación más amplia, vimos en el suelo restos de yeso, que alguien había amasado directamente sobre el piso. Había una paleta oxidada, cinco ladrillos huecos y un cubo de caucho manchado de yeso.

Examinadas las paredes advertimos que una puerta había sido tapiada recientemente

Golpeé el yeso, todavía húmedo, con el puño y sonó a hueco.

—¿Qué puede haber ahí detrás? —exclamó Wislow.

—Creo que sólo lo averiguaremos si derribamos el tabique —respondí.

—Bien, vuelva al coche y ordene a la central que envíen un par de albañiles con las herramientas necesarias —indicó.

Fui a cumplir sus instrucciones y esperé en la calle hasta que llegó una furgoneta en la que venían los albañiles, acompañados por dos agentes de uniforme enviados por la central.

—Derríbenlo —ordenó Wislow a los albañiles, una vez en la planta superior, señalando el tabique.

Un hedor insoportable flotó en el aire en cuanto los picos de los albañiles abrieron un hueco en la pared.

Tuvimos que tapamos la nariz con los pañuelos para poder permanecer en la estancia.

—Huele a muerto —exclamó uno de los albañiles, lanzando un escupitajo.

El tabique fue derribado en pocos minutos.

El hedor era tan intenso que mi estómago se agitó en tremendas arcadas. Tuve que encender un cigarrillo para paliar de alguna forma la fétida pestilencia que brotaba del cuchitril, que al parecer carecía de ventanas.

La escena que contemplamos nos sobrecogió: apoyados sobre la pared, vimos cinco cadáveres.

Uno de ellos apenas era un delgado esqueleto de piel acartonada y rostro horrible que parecía mostrar los dientes grises en una sonrisa macabra.

El más próximo de aquellos cadáveres era el de Budd Ketchum. Su rostro brutal ofrecía un color grisáceo y su cuerpo estaba corrompido ya.

Los otros tres cadáveres debían llevar mucho tiempo allí, pues sus ropas colgaban, deshilachadas, a jirones, y sus rostros estaban ya irreconocibles, con los cabellos desprendidos de sus cráneos y mostrando en parte la osamenta.

Es decir, la habitación de reducidas dimensiones en la que nos encontrábamos había sido utilizada como tumba.

Wislow dispuso que todo se quedase tal como estaba y se hizo comparecer al ayudante del fiscal, que poco después ordenaba levantar los cadáveres y conducirlos al depósito para ser sometidos a autopsia y otras pruebas legales.

El comisario impartió por radio la orden de detención del doctor Zane Skelton y la Prensa, la Radio y la Televisión se ocuparon del caso con escalofriantes detalles.

El caso de los resucitados fue divulgado por la Prensa sensacionalista de forma exhaustiva. Y un clima de inquietud y de

terror se extendió por la ciudad.

Los ciudadanos se encerraron aquella noche en sus casas apenas llegadas las sombras y la demanda de armas de fuego y de perros de defensa subió como la espuma en pocas horas.

A las nueve de la noche el tráfico de vehículos era prácticamente inexistente y las calles aparecían desoladoramente solitarias, apenas transitadas de cuando en cuando por un coche-patrulla.

Grace me llamaba cada hora por teléfono, muy inquieta por mi causa. Y yo ya no lograba encontrar argumentos suficientes para tranquilizarla.

Aquella misma noche decidí que Grace y su amiga fueran a alojarse a nuestro domicilio familiar de Milenary Pine, que habíamos rodeado ya de ciertas seguridades: un musculoso perro «boxer», atado a una larga cadena, montaba guardia nocturna a la puerta de la casa. Y Joe, que era muy habilidoso, había conectado unos sistemas de alarma muy ingeniosos en todas las puertas y ventanas de la planta baja.

Tuve que volver a la comisaría, pues Wislow me lo había pedido.

En cuanto me entrevisté con él, supe que Zane Skelton no había sido detenido aún.

—Skelton era el ayudante del forense, doctor Thomas Young. ¿Por qué no interrogamos a Young? Tal vez pueda ayudamos de alguna manera —propuse.

CAPITULO IX

El doctor Young compareció en la comisaría a las nueve de la noche.

Debía estar al tanto de las acusaciones que pesaban sobre su ayudante, porque me pareció inquieto y nervioso.

—Me imagino que quieren interrogarme acerca del doctor Skelton —sugirió.

—Exactamente —afirmó el comisario—. ¿Qué puede decirnos de su ayudante?

Vaciló, pero finalmente comenzó a hablar sin ambages:

—Confieso que Skelton me tenía muy preocupado, durante los últimos tiempos. Siempre fue un hombre introvertido y huraño, pero últimamente parecía tan distraído, que tuve que amonestarle varias veces cuando cometió errores de bulto durante una de nuestras actuaciones como cirujanos...

—¿Qué fue lo que ocurrió, exactamente? —pregunté.

—Estábamos realizando la autopsia de un joven que había muerto ahogado. Yo me estaba ocupando de extraer muestras de las vísceras y Zane se encargaba de seccionar el hueso frontal del cráneo en aquel muchacho...

Según Young, se había distraído un momento en su trabajo. Cuando alzó los ojos, Zane Skelton había extraído completamente el cerebro y exclamaba: «¡Vivo, está vivo!», al tiempo que contemplaba como en éxtasis la masa cerebral palpitante.

—Naturalmente, le recriminé y le ordené que introdujera en seguida el cerebro en su caja cerebral. Me miró con terrible fijeza. Creí, por un momento, que Skelton se había vuelto loco de repente, pero obedeció. A partir de ahí, advertí que me espiaba continuamente, que me observaba a hurtadillas de forma huidiza y extraña. Ahora..., entiendo que Skelton estaba loco en verdad y que su actitud se debía, en parte, a haber llevado a la práctica sus ilegales teorías...

—¿Ilegales teorías? Explíquese, por favor —rogó Wislow, muy interesado.

—Para que lo comprendan mejor, debo decirles que Zane Skelton, aparte su posible perturbación mental, es un estudioso y un hombre muy competente en cirugía cerebral. En resumen, un cirujano fuera de serie. Le he visto realizar con éxito operaciones quirúrgicas que, en teoría, eran absolutamente imposibles. No me importa declarar que, como cirujano, Skelton es muy superior a mí mismo —confesó el doctor Young.

—Pero, para la opinión pública y dentro de la clase médica,

Skelton no ha destacado jamás. Quiero decir que no tiene prestigio, que no es famoso —afirmé.

—Ya les dije al principio que Skelton tiene un carácter muy introvertido. Pero aún se encerró más en sí mismo cuando, hace unos cuatro años, sus colegas de la academia de Medicina se burlaron de él. Skelton compartía la teoría de Darwin sobre la evolución de las especies y afirmó en público que los monos eran nuestros parientes en un grado mucho más próximo de lo que los científicos estaban dispuestos a creer.

Según Young, Skelton había declarado que bastaría trasplantar a un simio un cerebro humano para que el animal se comportase con la misma inteligencia que un ser humano.

—Naturalmente, le tomaron por un visionario y se burlaron de él cruelmente. Incluso hubo quien propuso que Skelton fuera expulsado del colegio de médicos, aunque tal medida no se llevó a la práctica —afirmó Young.

—No me explico cómo las autoridades de este estado contrataron para el cargo de ayudante del forense a un loco —comenté.

—Skelton fue elegido entre cinco cirujanos porque demostró ser el más competente. Por otra parte, después de exponer sus peregrinas ideas ante la academia, mi ayudante jamás volvió a hacer declaraciones en ese sentido y cumplía con su función satisfactoriamente —respondió Young, con un leve tono de reproche a mi comentario anterior.

—Doctor Young, ¿sabe si el doctor Skelton posee otro domicilio, aparte de su casa de Viceroy Street? —preguntó el comisario.

—Lo ignoro. Yo sólo conocía el caserón de Viceroy Street, donde...

—Siga —le animé, cuando Young enmudeció de repente.

—Bien, al parecer las acusaciones contra Zane Skelton son tan graves, que nada justificaría el que yo callara cosas que pudieran servirles a ustedes —declaró.

—Estaba usted refiriéndose al caserón de Viceroy Street —sugerí.

—Sí —Young se aclaró la garganta—. Hace ya algún tiempo, Skelton me llamó por teléfono: «*¿Quiere venir a mi casa*, *Young? Tendrá la oportunidad de contemplar algo increíble*.»

Eran las once de la noche y el doctor Thomas Young se sentía muy fatigado tras una larga jomada llena de incidentes.

—Es tarde, Zane —respondió—. ¿Por qué no dejamos mi visita para mañana? Iré a verle a la hora que me indique, con mucho gusto.

—Tiene que ser ahora —respondió Skelton—. Le aseguro que asistirá a una experiencia inolvidable.

En parte por cortesía y también porque la curiosidad despertada por las palabras del doctor Skelton no le hubiera permitido dormir en toda la noche, Thomas Young tomó su coche y se trasladó, a Viceroy Street.

A las once y veinte de la noche estaba llamando a la puerta del caserón.

Unos segundos después la puerta se abrió y Young quedó paralizado por el espanto y la sorpresa.

¡Un gigantesco gorila acababa de franquearle la entrada y pronunciaba un gangoso: «*¡Adelante, doctor Young; el doctor Skelton le espera!*

Recuperado de la impresión, Young exclamó, disgustado:

—¡Vamos, Zane, quítese ese disfraz! Aún no ha llegado el carnaval.

Viendo que Skelton no le obedecía, Young agarró la cabeza del gorila y pugnó por arrancarle el disfraz, pero notó que bajo sus dedos la piel, cálida, del animal, vibraba, tenía vida.

Zane Skelton apareció en aquel momento al final del pasillo.

—No insista, doctor Young; estoy aquí —dijo.

—*Adelante*, *por favor* —pronunció el gorila.

Young siguió al animal. No hay que decir que se sentía atónito. Y cuando estuvieron en el lugar que Skelton utilizaba como sala de estar, apenas podía apartar sus ojos del gigantesco gorila.

—¿Cómo... cómo consiguió enseñarle? —preguntó a Skelton.

—¿Enseñarle? ¿A qué?

—¡A hablar, por supuesto!

—Aprendió por si solo —declaró Skelton con toda tranquilidad.

—Es imposible. Un simio puede imitar, por sí, algunos ademanes humanos, pero no aprendería a modular sonidos vocales sin una enseñanza laboriosa y paciente exclamó el doctor Young.

—Es que yo no soy un simio, doctor, *aunque tenga un aspecto de tal* —gangueó el gorila.

Young se puso en pie de un salto.

—¡Es imposible, imposible! —exclamó, sumamente excitado.

—Imposible —pronunció Skelton, despectivo—. Es la palabra que siempre tenemos a punto para rechazar lo que nuestra mente se niega a aceptar. ¡Creí que usted, doctor, sería distinto de esos incrédulos mojigatos de la academia!

Young sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.

Luego avanzó unos pasos hacia el gorila y le examinó con minucioso y creciente interés.

Aquel musculoso cuerpo peludo, cuadrumano, de larguísimos brazos y cortas patas correspondían a un animal.

También los ojos, pequeños, oscuros y vivaces eran los propios de un gorila. Pero en sus pupilas había un brillo que sólo podía conferir la inteligencia.

Se diría que el animal estuviera burlándose de su incredulidad.

—¡Míreme, míreme cuanto quiera! —exclamó el gorila, con voz gangosa—. Sí, mi apariencia exterior es la de un animal, pero mi mente...

—¿Quién... quién es usted? —preguntó Young, desencajado.

—Usted, probablemente, me ha visto muchas veces, doctor Young —respondió el gorila—. ¿Recuerda a Bruce Landon, el famoso actor de cine?

—Landon murió hace dos semanas, de un ataque cardíaco —murmuró Young, estupefacto y aterrado.

—Yo soy Bruce Landon —confesó el gorila.

Skelton se alzó de su silla, blandió un corto látigo y golpeó salvajemente al animal, que retrocedió hasta un rincón, pronunciando maldiciones y reniegos.

Skelton parecía fuera de sí y siguió golpeándole sádicamente hasta que su brazo se cansó.

—¡Estúpido! —bramó— ¡Te aconsejé que fueses discreto. que

evitases pronunciar más palabras de las que te he enseñado...!

Parecía dispuesto a seguir golpeando al gorila, que en ningún momento había intentado rebelarse ante el castigo, pero Young, decidido, le arrebató el látigo y lo arrojó lejos.

—¡Vamos, Zane, tranquilícese! —gritó.

Poco a poco, el doctor Skelton fue recobrando la serenidad.

—¿Qué hay de verdad en todo esto? —le acosó el doctor Young, inmediatamente.

Zane desvió la mirada.

—Nada. Quise pavonearme de usted, eso es todo. Compré el gorila al Afrikaaner Circus. El animal estaba enfermo, incurable, e iban a sacrificarlo. Entregue cien dólares y me traje el gorila a esta casa. Le traté y le curé. Es un animal muy inteligente. Le he enseñado a hablar, con la ayuda de un magnetófono y un derroche de paciencia —declaró Skelton.

—¿Es ésa toda la verdad? —quiso saber Young.

Skelton dejó escapar una carcajada.

—Es la verdad que usted desea, doctor Young. La verdad que servirá para tranquilizarle y alejar su miedo —respondió.

CAPITULO X

—El asunto me inquietó durante muchos días —siguió hablando Thomas Young—. Me intranquilizaba especialmente reparar en la circunstancia de que Skelton, que se había sentido tan orgulloso de las «habilidades» de su gorila, hubiera montado en cólera cuando el animal pronunció aquella frase: «Yo *soy Bruce Landon.* Me preguntó si no debería poner el hecho en conocimiento de las autoridades, pues me parecía advertir que de todo aquel asunto se desprendía un fluido turbio, maligno, inquietante...

—¿Denunció a Skelton? —pregunté yo.

—No. Pocos días después le pregunté por su gorila

y me dijo que el animal había muerto. Averigüé la veracidad de su afirmación al decir que había adquirido legalmente el animal. El gorila no había producido ningún daño y, por otra parte, son muchos los médicos que realizan experiencias legales con animales. No encontré, pues, motivos para denunciarle, aunque siempre me quedó una duda...

—¿Cuál?

—Skelton y yo habíamos realizado la autopsia del cadáver de Bruce Landon, pues el actor vivía solo y fue encontrado muerto en una residencia solitaria y aislada, por lo cual las circunstancias recomendaban la práctica de la autopsia, que fue ordenada por el fiscal. Yo tenía que acudir aquel día a alguna reunión en el hospital General y ordené a Skelton que terminase él. Mi duda...

—Consistía en sospechar que el doctor Skelton hubiera podido robar el cerebro de Bruce Landon, ¿no es eso? —sugerí.

—Sí —admitió Young—. Sé que es una locura pensar tal cosa. Pero ésa era mi sospecha.

* * *

A Zane Skelton parecía habérselo tragado la tierra. Ni los registros ni los rígidos controles policiales en carreteras y aeropuertos consiguieron su captura.

Yo volví a la mañana siguiente al caserón de Viceroy Street, dispuesto a realizar un registro más concienzudo.

El resultado fue infructuoso. No encontré nada notable, a excepción de una completísima biblioteca en la que los volúmenes que trataban sobre cirugía general y especializada, se mezclaban heterogéneamente con literatura sobre ciencias ocultas, prácticas de hechicería y culto satánico.

Desde luego, las aficiones del doctor Skelton no podían ser más repugnantes.

Como un nuevo doctor Frankenstein, Zane Skelton demostraba una escalofriante devoción por las más oscuras e inconfesables experiencias quirúrgicas.

Yo me sentía obsesionado por aquel asunto. Cierto que, como había afirmado el doctor Young, del caso se desprendía un tufo a muerte, a locura, a repugnante aberración. A pesar de lo cual, mi curiosidad era más fuerte que cualquier otro sentimiento.

Ansiaba tener ante mí a Zane Skelton, para interrogarle y obligarle a confesar sus inmundos crímenes.

Pero estaba escrito que pasarían todavía algunas jornadas antes de que pudiéramos tenerle a nuestro alcance.

Aquella noche, por otra parte, tensos y dramáticos

acontecimientos volverían a estremecer a la opinión pública.

Me encontraba en casa, en compañía de mis padres, de Grace y de Margie, viendo un telefilme en la televisión, cuando zumbó el teléfono.

Me levanté y atendí la llamada.

Era Conrad Wislow el que hablaba.

—Will Reynold ha sido asesinado —me comunicó—. Siento sacarle de su casa, pero le necesito, Zach. No, no tome su coche. Un auto-patrulla está en camino para recogerle.

Di una disculpa cualquiera a los míos, me puse un abrigo y me dispuso a esperar al coche que vendría a por mí.

Fuera, el «boxer» que montaba guardia ante la puerta de nuestra casa, ladraba bronca e insistentemente.

A través de los visillos, vi llegar el coche de la policía, que se detuvo, inexplicablemente, a treinta metros de la casa.

Dos policías se apearon del automóvil, tomaron sus rifles y corrieron hacia la casa.

Oí retumbar las detonaciones de los rifles y me inquieté.

Volví apresuradamente a por la «Ingram» que guardaba bajo llave en un mueble de mi dormitorio, y salí a la calle sin responder a las asustadas preguntas que me dirigía Grace.

—¡Soy Chardom! —anuncié a gritos, para prevenir a los policías.

Los dos agentes salieron de entre los árboles y se aproximaron.

—¿Por qué esos disparos? —pregunté con ansiedad.

—Vimos una silueta que trepaba por el tronco de ese árbol —respondió uno de los policías, entre jadeos—. Imaginábamos que era un hombre, pero cuando saltó con extraordinaria agilidad hacia el tejado de la casa..., comprendimos que era un gorila.

—¡Un gorila! —exclamé, espantado.

—Es increíble, ya lo sé, pero estoy seguro de lo que digo, ¿eh, Hal?

—Era un gorila o un orangután. Debe haberse escapado del zoológico. Por desgracia, no creo que consiguiésemos acertarle, pues se alejó sobre el alero a grandes saltos —informó el otro.

Mi frente exudaba copiosamente.

Ahora comprendía el motivo de los ladridos de nuestro perro guardián: había olfateado la presencia del intruso.

«Bruce Landon», pensé. Y mi propia idea me horrorizó.

—Hay que subir al tejado —exclamé, sobreponiéndome al terror que me paralizaba—. Uno de ustedes se quedará aquí, por si ese... animal decidiera bajar. Usted venga conmigo.

Entramos en la casa. Mi padre me dirigió una muda pregunta al tropezar conmigo en el pasillo.

—No es nada —dije—. Pero despierta a Joe y dile que tenga en la

mano su revólver.

Subimos por la escalera hasta el desván.

Una nube de cristales cayó sobre nosotros desde la claraboya situada en el tejado.

Muy nervioso, dirigí la «Ingram» hacia arriba y disparé una ráfaga hacia lo alto.

Subí velozmente por la escalera de madera, saqué el cuerpo por la claraboya y gané el tejado.

Una sombra oscura saltó en ese momento al vacío.

Di dos pasos sobre la nieve endurecida que cubría las losetas de pizarra, pero, lamentablemente, resbalé y caí. Mi ametralladora se deslizó rauda sobre el hielo y desapareció.

A pesar de ello, conseguí aproximarme al bordo del tejado y miré abajo con ansiedad..., mientras el policía que me seguía resbalaba, impotente, sobre el hielo.

Una sombra maciza, compacta, humanoide, estaba inclinada sobre un cuerpo caído en tierra.

—¡Alto, alto! —grité, sin saber exactamente lo que me proponía, pues me encontraba desarmado.

El gorila se volvió hacia las alturas, me miró un momento y se separó del cuerpo del policía que había quedado montando vigilancia en el exterior de la casa.

Le vi correr grotesca pero velozmente a lo largo de la calzada y saltar ágilmente... ¡al auto-patrulla!

Zumbó el motor del coche y el vehículo se alejó a gran velocidad, tras patinar sobre la nieve a punto de estrellarse contra los altos postes del alumbrado.

Durante unos segundos, permanecí como paralizado sobre el frío tejado cubierto de resbaladizo hielo.

—¡El gorila! —grité—. ¡Se marcha conduciendo el coche-patrulla!

El policía que estaba en la claraboya pronunció una maldición.

—¿Está loco? —gruñó—. ¿Cómo va a poder un gorila...?

No perdí el tiempo en explicaciones.

Dándome impulso, me deslicé sobre el hielo y llegué junto a él.

—¡Bajemos! —ordené—. Mucho me temo que su compañero esté malherido en la calle.

El hombre me miró con la misma expresión que podría contemplarse a un loco, pero descendió hasta el desván y me dejó pasar por la destrozada claraboya.

A la carrera, descendimos a la primera planta y nos lanzamos a la calle.

El auto-patrulla se había perdido ya de vista, la calle estaba desierta.

El perro ladraba insistentemente, atado a su cadena y por un

momento me recriminé por no haberlo dejado en libertad cuando nos dirigimos, minutos antes, al tejado.

A unos quince metros de distancia encontramos el cuerpo del policía.

Antes de que le diésemos la vuelta —yacía boca abajo—, comprendí que estaba muerto.

Dos detalles me sirvieron para adivinarlo.

El primero era su fusil, caído sobre la nieve a tres metros.

El otro..., la gran mancha roja que se extendía rápidamente bajo su cabeza.

Howard, el policía que me acompañaba, se inclinó sobre mí y exclamó:

—¡Hal! ¿Qué... qué ha ocurrido?

El cuerpo, aún tibio, quedó boca arriba.

Entonces grité un alarido de horror, incapaz de soportar mi tensión nervioso.

Una pavorosa dentellada dejaba al descubierto el cuello de Hal.

Su tráquea estaba limpiamente seccionada por unos colmillos, al igual que los vasos sanguíneos que riegan el cerebro.

Hal Bromfield se había desangrado en menos de dos minutos.

Estaba muerto.

Lo había matado de una feroz dentellada *aquel gorila que había huido a bordo de un automóvil de la policía.*

CAPITULO XI

A las doce y media frené ante el número doscientos once de Spring Street.

Conrad Wislow me esperaba en la tercera planta con un gesto entre impaciente y malhumorado.

—¡Al fin! —exclamó al verme—. ¿Qué diablos...?

Le expliqué en pocas palabras lo que había ocurrido en Milenary Pine y le vi palidecer.

—En ese caso —declaró—, he de creer que tu gorila también asesinó a Will Reynold. ¿Quieres verlo?

Asentí.

Wislow me guió a través de un pasillo hasta un pequeño dormitorio.

Dirigí una asustada ojeada alrededor. Todo estaba cubierto de sangre, destrozado, convertido en fragmentos, como si un huracán hubiera pasado por allí.

Will Reynold yacía en su lecho. Las sábanas estaban profusamente manchadas de sangre.

Pero lo escalofriante era contemplar su cuello desgarrado, roto, prácticamente seccionado.

A dentelladas, no había duda.

Di media vuelta y me cubrí el rostro con las manos.

—¡Yo soy el único culpable! —gritó con voz bronca y profunda, desgarrada.

—Vamos, Zach. No hay que pensar en ello —la mano de Wislow se apoyaba sobre mi hombro, en un intento de llevar la serenidad a mi ánimo.

—Yo insistí para que Reynold fuera dejado en libertad bajo discreta vigilancia. Pero, en definitiva, yo he provocado su muerte declaré.

—¡Teniente! —Wislow me aferraba por los hombros y me zarandeaba con violencia.

Volví en mí, pasado ya mi súbito ataque de nervios.

—Hicimos lo que debíamos, para abrimos camino en este mar de incógnitas —afirmó el comisario, con voz suave y convincente—. Esperábamos que alguien se pusiese en contacto con Reynold y, así, obtener la posibilidad de seguir una pista cierta. Y, en efecto, alguien llegó junto a Reynold y... le asesinó. Pero nosotros no somos culpables de ello, porque nuestro único interés es servir a la ley.

El cadáver de Will Reynold pasó junto a mí en una camilla, velado por una sábana salpicada de sangre.

A través de una muchedumbre de fotógrafos, expertos en huellas, policías de uniformes, médicos y representantes del fiscal del distrito, Wislow consiguió sacarme de la casa y llevarme hasta su coche.

—Le llevaré a casa, Zach. Ha trabajado demasiado y los recientes

sucesos han provocado su crisis nerviosa. Necesita descansar —dijo.

No me opuse. Realmente me sentía destrozado, con los nervios a flor de piel.

Wislow dio unas instrucciones al sargento O'Connor y luego puso el motor en marcha.

Abandonábamos ya Spring Street para ganar Roosevelt, cuando advertí que el testigo luminoso de la radio destellaba bajo el panel de instrumentos.

Descolgué el micro y recibí el mensaje:

«¡Alarma en la urbanización The Angels! ¡Una mujer llamada Gelly Young acaba de denunciar que un desconocido muy corpulento intentaba penetrar por la fuerza en su domicilio! ¡Todas las unidades...!»

—¡El gorila! —exclamó Wislow.

—¡Bruce Landon! —gemí yo, aterrado.

El comisario torció el volante a la derecha sin aminorar la marcha y se desvió por Kingsgate.

—¿Está pensando lo mismo que *yo,* Zach? —preguntó con voz vibrante.

—Sí. Gelly Young es la hija del doctor Thomas Young.

* * *

Gelly Young volvió en sí después de que un Joven médico de la vecindad le inyectara una solución reanimante.

Era una mujer de treinta y dos años, todavía bella, de cabellos rojos y facciones distinguidas, ahora muy pálidas.

Respiraba con dificultad, pero al fin consiguió articular:

—¡Hablaba, HABLABA! ¡Era un gorila y hablaba!

—Cálmese, Gelly —Wislow pasaba un pañuelo por su frente—. No es necesario que hable ahora, si no lo desea.

—El bicho rompió la puerta de un golpe de su puño y preguntó: *«¿Dónde se encuentra el doctor Young*?» —balbuceaba Gelly Young —. Me apartó de un empellón que me envió a varios metros, y corrió hacia dentro. ¡Lo vi, lo vi con mis propios ojos!

—¿Qué vio? —pregunté, angustiado.

—Corrí en pos de él, aunque debo... tener algunas costillas rotas. Penetró en el dormitorio de papá y... le rompió la nuca de un solo golpe. Luego. . luego se echó a llorar.

—¿El gorila? —preguntó Wislow, atónito.

—Sí, el gorila, esa bestia..., ¡lloraba! «¡Lo *siento*, *lo siento, doctor Young* —barbotó gangosamente—, pero *era necesario!*» Se volvió hacia mí. Entonces yo me desmayé.

—Serénese, señorita Young —susurró Wislow—. Vamos a llevarla al hospital y allí se ocuparán de usted. No piense, no hable, no diga nada. Cálmese.

Pero cuando los sanitarios se llevaron a Gelly Young, ella seguía relatando de forma incoherente la pavorosa escena que le había tocado vivir aquella dramática noche.

* * *

Las noches eran largas, dramáticas, tensas, ésa era la verdad.

Las patrullas policiales se habían reforzado con fuerzas de la guardia nacional.

Toda la noche se oían sus rítmicos pasos recorrer las calles, las avenidas, los solares, los suburbios...

Habíamos contratado algunos hombres para cortar los árboles más próximos alrededor de nuestra casa de Milenary Pine y tender una alto red de alambre tenso, dentro de la cual montaban guardia tres sabuesos seleccionados.

Muchas familias habían seguido nuestro ejemplo y protegían sus hogares con todos los medios a su alcance, a pesar de la protectora presencia nocturna de los guardias.

A veces, en mitad de la noche se escuchaba el estampido lejano de un arma de fuego. Se trataba, por lo normal, de una falsa alarma: un perro o un gato callejeros habían puesto nervioso a uno de los vigilantes, que había disparado su arma sin entrar en más detalles.

Durante el día, la ciudad recuperaba, en cierto modo, su actividad normal, pero cuando llegaba la noche...

Entonces el más frío y penetrante terror se apoderaba de todos y les obligaba a cobijarse en sus casas, tras las rejas y las puertas blindadas en acero. La gente tendía alambradas electrificadas que, a veces, provocaban dramáticos accidentes fortuitos.

Los clubs nocturnos, los teatros y cuantos negocios proliferaban al anochecer estaban cerrados.

* * *

—Skelton necesita más cadáveres —dije.

Conrad Wislow pronunció una maldición entre dientes.

—¿Qué ha dicho, Zach? —preguntó.

Skelton necesita más cadáveres —repetí—. Según nuestras investigaciones, el doctor Skelton ha robado hasta la fecha unos siete cadáveres. A razón, aproximadamente, de uno cada tres meses, aunque en los últimos tiempos el ritmo de sus robos se ha ido acelerando.

—¿Qué es lo que quiere decir, exactamente?

—Que probablemente volverá a intentar hacerse con un nuevo cadáver —respondí—. ¿No se da cuenta, comisario? ¡Skelton está realizando experimentos con cadáveres! Ignoro cómo consigue infundir vida a un cuerpo muerto, pero es evidente que lo logró en los casos de Ketchum y Humbolt...

Wislow se agitó, muy inquieto, en su asiento.
—Pero usted tiene alguna idea —murmuró, no muy Interesado en seguir oyéndome hablar de cadáveres y manejos monstruosos.
—Sí —confesé—. En la ciudad existen tres depósitos de cadáveres. La Morgue, o depósito central, el del Hospital General y el depósito del Centro Clínico. Yo propondría un plan. Y opino que inmediatamente obtendríamos resultados.
—Veamos.
—Clausuremos los depósitos del hospital y del Centro Clínico, y obtengamos de las autoridades sanitarias que todos los cadáveres sean conducidos a la Morgue.
Wislow encendió nerviosamente un nuevo cigarrillo.
—Imaginemos que ese primer paso está conseguido. ¿Y después...?
—Si establecemos una discreta pero eficaz vigilancia alrededor de los dos cementerios de la ciudad. Skelton sólo podrá recurrir a la Morgue para apoderarse de nuevos cadáveres. Aunque... algo me dice que Skelton no siente interés por los cuerpos que lleven varios días sepultados.
—¿Y qué? Precisamente he presionado al Departamento de Sanidad para que sean reforzadas las medidas de vigilancia en torno a la Morgue.
—Una equivocación —advertí en seguida—. Si está firmemente empeñado en que solucionemos este caso, deberán olvidarse todas las medidas encaminadas a proteger el Depósito Central de Cadáveres de Wotglass Street.
Wislow se puso bruscamente en pie.
—¡Me está volviendo loco, Zach! ¿Pretende que trabajemos a favor de ese loco doctor Skelton, que le permitamos robar impunemente los cadáveres de la Morgue? —exclamó, dirigiéndome una mirada llameante.
—Precisamente —asentí— Es la única forma de saber dónde se esconde.
Wislow captó entonces mi idea.
—Supongo que se refiere a permitirle escamotear un cadáver y seguirle..
—Justamente. Yo mismo me convertiré en un cadáver —afirmé.
—¡Pero...!
—Escúcheme... He hablado con McGarth, el encargado de los servicios de la Morgue. Es un hombre honrado y animoso. Está dispuesto a favorecer nuestros planes...
—¿Cómo?
Tuve que derrochar paciencia para convencer al comisario Wislow, pues en aquel momento se sentía mucho más inquieto y temeroso

que yo.

—Le pregunté a McGarth si un hombre podría ocultarse dentro de un cajón frigorífico.

—¡Está loco, Zach! Si lo que pretende es ocupar uno de esos cajones, sepa que moriría congelado —se alarmó el comisario.

—Nada de eso —respondí, seguro de mí mismo—. Cada cajón es un frigorífico de por sí y puede desconectarse. Además, McGarth me dijo que «mi» cajón podría aislarse perfectamente del frío mediante unos sencillos paneles de poliuretano. Ello supondría un lugar de observación sencillo y seguro.

Wislow se estremeció.

—Hay siempre un mínimo de cincuenta o sesenta cadáveres en aquella sección —dijo—. ¿Va a decirme que no le importa permanecer allí en compañía de los muertos?

Yo ya me había hecho a tal idea y estaba suficientemente mentalizado como para poder superar el miedo.

—No me importa, porque... ningún mal puedo esperar de los muertos. Son los vivos los protagonistas del terror que se cierne sobre nosotros —respondí, sereno.

Wislow tardó todavía un buen rato en decidirse a dar su visto bueno a la operación.

—Está bien —resolvió, al cabo—. Pero con la condición de que el edificio esté fuertemente vigilado por nuestras fuerzas de policía.

—¡No lo imagine! El éxito de mi plan se inspira precisamente en infundir confianza a Skelton. Si el doctor advirtiese el menor peligro en la Morgue, nada le decidiría a perpetrar el robo.

—¿Entonces...?

—Nuestros hombres pueden ocupar puntos de vigilancia y control en los edificios inmediatos y fronteros, pero todo ello dentro de la mayor discreción: son condiciones indispensables para que Skelton se sienta impulsado a penetrar en el depósito de cadáveres —terminé.

CAPITULO XII

Dos días después, sucedió algo que estuvo a punto de dar al traste con nuestro plan.

Acababa de morir Raymond Seaton, un poderoso multimillonario, el hombre más rico de todo el Estado.

Uno de sus sobrinos —Seaton no tenía hijos—, depositó una denuncia en comisaría.

Según declaró, el cadáver de Raymond Seaton había sido robado la noche anterior del domicilio del millonario, situado en la planta catorce de la Seaton Tower, el edificio más alto y moderno de la ciudad.

El robo del cadáver había coincidido con la lectura del testamento de míster Seaton.

—Mi tío era un hombre aprensivo. Temía a la muerte de forma obsesiva y su residencia de la Seaton Tower estaba totalmente aislada y era esterilizada diariamente, mediante un contrato con una empresa sanitaria —declaró Dana Seaton—. Quizá por eso, a mí, su único heredero, no me haya sorprendido demasiado una de las cláusulas de su testamento.

—¿En qué consiste? —preguntó el comisario Wislow.

—Mi tío ordena que su cadáver sea entregado a la ciencia. Es decir, al doctor Zane Skelton. Me pregunto si habrá sido Skelton quien ha robado su cadáver...

Dos horas después, yo tenía la seguridad de que el cadáver había sido robado por Zane Skelton.

Una mujer había presentado al conserje nocturno un documento que le autorizaba a hacerse cargo del cadáver. Y el documento, al parecer, estaba firmado por el propio Raymond Seaton quien, probablemente, lo había extendido antes de morir.

El conserje había permitido, pues, que dos hombres sacasen un féretro con el cadáver de Raymond Seaton, que fue cargado en un coche fúnebre.

Mostré al conserje unas cuantas fotos y seleccionó una.

—Sí, estoy seguro —confirmó—. Era esta mujer.

La fotografía que señalaba correspondía a Sarah Keene, la espiritista cuyo cadáver había sido robado doce días atrás.

Me parecía estar soñando.

Personas que morían —que habían muerto realmente—, cuyos cadáveres desaparecían y que... volvían a reaparecer, vivas y bien vivas, poco tiempo después.

—¿Por qué Skelton tuvo que robar el cadáver de míster Seaton, si él mismo se lo había regalado, invocando a la Ciencia? —se extrañaba Wislow.

—No lo robó. En realidad, sólo se apoderó de él subrepticiamente. No podemos olvidar que Skelton está reclamado y buscado por la policía.

—Bien. Creo que sería inútil seguir adelante con nuestro plan —decidió.

—¿Por qué?

—Porque Skelton, en cualquier caso, cuenta con un nuevo cadáver: el de Raymond Seaton. No creo que se decida a robar otros en un futuro próximo —respondió.

Sin embargo, a mí me animaban ideas muy distintas.

A consolidar el plan, mi plan, habían llegado parte de las declaraciones de Dana Seaton, el sobrino y único heredero del

millonario.

—Era mi tío, pero debo reconocer que era un hombre muy estrafalario, siempre atormentado por el temor a la muerte. Hace poco descubrí en su despacho una factura por ciento cincuenta mil dólares, correspondiente a una modernísima cámara de hibernación. Mi tío la encargó a una fábrica de aparatos electrónicos frigoríficos de Chicago. He visto la factura, pero jamás pude ver esa cámara de hibernación (1) —había comentado Dana Seaton.

(1) Estado letárgico invernal de ciertos animales, en el cual se reduce el metabolismo y con ello las necesidades vitales. La moderna hibernación artificial sirve en cirugía para facilitar intervenciones. En Norteamérica, hay empresas dedicadas a la hibernación de cadáveres de personas, que esperan ser «resucitadas» cuando, en el futuro, se encuentre remedio a las enfermedades que provocaron su muerte.

Aquella declaración —insustancial aparentemente— me obligó a reflexionar y, posteriormente, a influir en el comisario Wislow para que mi plan «cebo» siguiese adelante.

—El asunto es, en sí, tan temeroso, que me da escalofríos. Pero puede continuar adelante con su plan, si se siente con fuerzas para desafiar al terror —decidió el comisario.

No dije nada en casa, porque imaginaba que, en tal caso, no me hubieran dejado salir sino... hacia el manicomio.

Montado minuciosamente el servicio, llegué al depósito de cadáveres de la calle Wotglass una fría tarde del veinte de febrero..., en el interior de un nóstico ataúd de pino.

Dos empleados recibieron el féretro, lo depositaron sobre una mesa con ruedas y así llegué hasta la sección de frigoríficos.

—Puede irse a cenar, Gowin —oí la voz del empleado McGarth—. Yo solo me basto para colocar a «éste» en su sitio.

Escuché los pasos de Gowin, alejándose. Y me preguntó cómo aquellos hombres serian capaces de devorar sus filetes empanados y su salsa de tomate después de contemplar su macabro «almacén» del frigorífico.

McGarth abrió el ataúd, me miró y sonrió.

—Salga —dijo.

Salté fuera de la caja y dirigí una aprensiva mirada a los cajones.

—Imaginé que no le gustaría tener «compañía» próxima y he procurado que los cadáveres fueran depositándose al otro lado de su «refugio» —me dijo—. Así, pues, el más próximo «fiambre» se encuentra a unos cinco metros del cajón que le he habilitado.

—Gracias —murmuré, no muy seguro de mí mismo.

McGarth arrastró una plataforma sobre ruedas y me invitó a subir a ella, desde la que tendría fácil acceso a mi cajón, situado a una altura de tres metros sobre el suelo.

McGarth tiró del cajón y me animó con un gesto a meterme dentro.

Había preparado muy bien mi «nido»: aparte del aislamiento de poliuretano, McGarth había colocado una suave manta de lana y otra eléctrica encima, para que no me helase de frío.

También me había destinado una linterna, un encendedor y un paquete de cigarrillos.

—No le he puesto comida ni bebida, porque suponía que no iba a poder consumirlas —agregó, burlón.

Me deslicé en el cajón y comprobé que era fácil meterlo y sacarlo con sólo apoyarme en sus paredes interiores.

—No dude en disparar si se encuentra en peligro —me recomendó, antes de marcharse, poco después de retirar la plataforma con ruedas.

Deslicé hacia dentro mi cajón sobre sus bien encrasados rodamientos a bolas y lo detuve para dejar apenas una delgada rendija por la que otear, bien a derecha o a izquierda.

Sólo quedaba esperar.

McGarth me había insinuado si no sería mejor dejar abiertas las ventanas para facilitar la tarea de los ladrones, pero yo preferí que todo tuviese el mismo aspecto de siempre.

Confieso que durante las primeras horas permanecí en tensión, acariciando mi «Ingram» con los labios y dispuesto a brotar de mi angosto encierro en cuanto escuchase el más leve rumor.

Tuve varias falsas alarmas. En distintas ocasiones creí oír el rumor de una ventana, pero se trataba, a fin de cuentas, de McGarth y su compañero de vela que vinieron varias veces a traerme otros tantos «compañeros» de aposento.

Al amanecer, me sentía muy decepcionado y con todos los músculos envarados por la prolongada inmovilidad.

McGarth vino a ayudarme a abandonar mi cajón y salí de la Morgue por el mismo procedimiento que a mi llegada: es decir, dentro de un ataúd.

En comisaría, dejé un informe para el comisario Wislow y me fui a descansar.

Desperté a las cuatro de la tarde. Después de comer, me llamó Wislow por teléfono.

—He leído su nota. ¿Por qué no abandona, Zach? —me pidió.

—Un día más» al monos —respondí.

—¿No tiene miedo? El terror puede provocarle un fallo cardíaco en cualquier momento —insistió.

—Mi corazón es joven, fuerte y sano. Esperemos que resista todas las emociones —contesté, tenaz.

Aquella misma tarde hice mi segundo viaje a la Morgue «vía féretro de pino».

Se repitieron las mismas escenas del día anterior. Es decir, McGarth me ayudó a llegar hasta mi nido y me dispuse a esperar.

Las horas transcurrieron tan lentamente que yo —por encima de mi situación—, comenzaba a adormecerme, cuando hacia las dos de la madrugada escuchó aquel rumor.

Miré a través de la rendija hacia mi derecha y vi una descomunal sombra tras la ventana.

Luego oí un chirrido. Un disco de vidrio fue retirado de un golpe seco y una garra peluda penetró a través del hueco, agarró la falleba de hierro y abrió silenciosamente la ventana.

A pesar de que yo esperaba algo semejante, la sangre se heló en mis venas cuando el gigantesco gorila saltó del alféizar al suelo.

Sus ojos animalescos brillaban inteligentemente.

Le vi avanzar con movimientos pausados, furtivos, como si estudiase el terreno que pisaba, se deslizó hasta la puerta de hojas batientes y las sujetó entre sí con un pedazo de fino y resistente alambre acerado.

Me había distraído siguiendo con la vista los movimientos del gorila, cuyos poderosos maxilares se movían al compás de la respiración, mostrando una escalofriante y mortífera dentadura.

Una nueva silueta apareció en la ventana.

Era una mujer joven, pálida y blanca como un resucitado, que vestía una vieja bata gris y llevaba flotando los largos cabellos negros al viento.

La reconocí.

¡Era Sarah Keene, la joven espiritista cuyo cadáver había sido robado de aquel mismo depósito donde nos encontrábamos...!

Se me antojó, de repente, que mi respiración resonaba como el pistón de una antigua locomotora a vapor, y contuve mi aliento.

Los dos fúnebres personajes ‘parecían concentrar su atención en la numeración de los cajones frigoríficos.

Yo apoyé mi mano sobre la metralleta cuando vi que el gorila se acercaba a los cajones próximos al mío.

Su zarpa, negra y velluda, rozó con un rumor leve mi cajón y siguió adelante.

Finalmente, se detuvo ante el cajón número sesenta y tres.

Gracias a la relación que me había entregado MacGarth, yo sabía

que en aquel cajón se encontraba el cuerpo de Alex Cooper, un anciano de setenta y cinco años que había muerto el día anterior, víctima de una intoxicación tras ingerir mariscos en mal estado.

El cuerpo, rígido, de Cooper fue extraído de su cajón y transportado en un vuelo a la ventana, desde donde Sarah Keene lo recogió y lo hizo desaparecer.

El gorila volvió sobre sus pasos y se detuvo, dubitativo.

Finalmente, tiró hacia sí del cajón número cuarenta y ocho.

¡Allí estaba el cadáver del infortunado doctor Young!

Paralizado por el terror, vi su rostro exangüe y sus ojos azules, sin brillo, vidriados por la muerte.

Entonces ocurrió algo espeluznante: el gorila, que estaba acariciando las cerúleas facciones del doctor Young, se inclinó y..., ¡le besó!

Luego escuché sus gemidos escalofriantes. Se diría que aquel monstruo estaba llorando, quizá arrepentido de haber asesinado al hombre cuyo cadáver tenía ante si.

CAPITULO XIII

De repente, el gorila tiró con fuerza hacia sí. Con tanta potencia, que el tope del cajón debió romperse y el receptáculo cayó con gran estrépito al suelo.

Sin inmutarse, el poderoso cuadrumano tomó el cadáver del doctor Young y lo trasladó en un vuelo hasta el alféizar de la ventana.

En aquel momento, alguien golpeó las hojas batientes de la puerta.

Sarah Keene se volvió y quedó rígida, expectante.

Los golpes arreciaron y luego, bruscamente, el alambre que mantenía cerrada la puerta se rompió y McGarth y Gowin penetraron en la sección.

Ambos quedaron paralizados por el pánico al ver al gorila en la ventana y el tétrico semblante de la mujer que permanecía inmóvil en mitad de la estancia.

Lo que sucedió a continuación fue todo tan rápido que apenas tuve tiempo para seguirlo con la vista.

Sarah saltó sobre McGarth como impulsada por un potente fleje de acero y hundió sus afiladísimos pulgares en los ojos del empleado.

McGarth exhaló un alarido y cayó de espaldas, mientras su compañero, espantado, retrocedía hasta el fondo de la sección de frigoríficos.

La mujer, con los dedos manchados de sangre, se incorporó sobre el cuerpo de McGarth.

Me pareció que dudaba entre atacar a Gowin y emprender la retirada. Simultáneamente, el gorila apareció en la ventana.

Sarah saltó hacia allí y los larguísimos y musculosos brazos del cuadrumano la alzaron en el aire y la trasladaron espectacular mente a la calle.

Perdí unos segundos preciosos.

Un poderoso sentimiento humanitario me empujaba a auxiliar a McGarth, que se retorcía en el suelo con los párpados ensangrentados, mientras Gowin continuaba, absolutamente paralizado por el horror, a unos metros de distancia, bajo la ventana que daba al patio.

«Si no les sigo, desaparecerán», pensé. A fin de cuentas, a McGarth le auxiliarían pocos minutos después.

Deslicé el cajón hacia fuera, cogí la «Ingram» y salté al suelo.

Apagué la luz, corrí hacía la ventana y oí el rumor de un motor... ¡Sarah Keene y el gorila se disponían a huir, con su macabro botín, a bordo de una ambulancia!

Gané el alféizar de un salto, caí a la acera y encendí mi linterna de forma intermitente, dirigida hacia la terraza del edificio frontero.

En lo alto se oyó un zumbido poderoso y un pequeño helicóptero

de los llamados «Minicopter» descendió sobre la calle.

Alguien había abierto una portezuela deslizante y me icé hacia el aparato.

El «Minicopter» se elevó velozmente en la oscuridad y ganó altura.

Desde allí pudimos ver a la ambulancia, que acababa de abandonar Wotglass Street y avanzaba a gran velocidad hacia el oeste.

Nat Payne, el piloto de los servicios policiales que pilotaba el «Minicopter», me miró y exclamó:

—¿Vio a ese bicho, el gorila? ¡Es él quien conduce la ambulancia! ¡Jamás había visto algo semejante...!

—Procure no perder de vista ese vehículo —respondí.

La alta silueta de la Seaton Tower se destacó en el horizonte, al límite occidental de la ciudad.

Abajo, a nuestros pies, bajo la pequeña libélula metálica que nos transportaba, se veía la luz destellante de la ambulancia.

«Un truco sencillo y eficaz —pensé—. Seguramente lo han empleado otras veces para el traslado de cadáveres.»

La ambulancia proseguía su camino, siempre en dirección oeste.

Al llegar a la altura de la Seaton Tower, la elevada mole del rascacielos ocultó al vehículo que seguíamos.

Payne, el piloto, siguió adelante, sin embargo. Miré insistentemente hacia abajo. ., ¡la ambulancia había desaparecido!

—¡Descienda, descienda...! —grité.

El «Minicopter» bajó raudo y yo saltó a tierra.

Corrí como un loco sobre el césped que rodeaba el edificio Seaton.

Pero finalmente volví, exhausto.

Debía rendirme a la evidencia: la ambulancia había desaparecido.

Durante el resto de la noche, una brigada de policías estuvieron registrando los alrededores, pero la ambulancia en la que habían sido transportados los cadáveres de Alex Cooper y el doctor Young no fue hallada.

* * *

Me sentía tan obsesionado que apenas comía ni prestaba atención a mi aspecto personal.

—Deben estar en alguna parte próxima a la Seaton Tower —me repetía hasta la extenuación.

Durante las dos noches siguientes, Nat Payne y yo volvimos a recorrer el itinerario seguido en la madrugada del veintiuno al veintidós de febrero.

—No se desvíe ni un milímetro —indiqué al piloto.

Avanzamos en mitad de la noche a bordo del «Minicopter».

Al llegar al lugar donde perdimos de vista la ambulancia, grité:

—¡Deténgase, Payne!
El helicóptero se inmovilizó en el aire a unos ciento cincuenta metros de altura.
Hice varias fotografías desde aquel ángulo con una cámara Japonesa muy sensible.
La diagonal que podía trazarse desde el helicóptero hasta el lugar donde hipotética monte debía situar la ambulancia dos noches antes, terminaba justamente —según pude comprobar a la vista de las fotografías—, con un bello monumento de bronce que venía a ser como una especie de alegoría del progreso.
—¡Absurdo! —exclamé, siguiendo el hilo de mis pensamientos.
Di a Payne orden de volver a comisaría y, el «Minicopter» me dejó sobre la terraza del edificio policial.
Durante un par de horas permanecí en mi despacho dedicado a extrañas elucubraciones que no llevaban a ningún resultado concreto.
Transcurrió una semana entera, sin el menor incidente. Se diría que el horror había establecido una tregua, un cierto compás de espera.
Cada noche, yo me dirigía sin voluntad para contener mi impulso, hacia los alrededores de la Seaton Tower.
Era el día veintiocho de febrero. Faltaba poco para las doce de la medianoche, cuando vi la silueta de un hombre que se tambaleaba sobre la nieve.
«Un borracho», pensé.
Caminé hacia él con precauciones. El hombre había caído sobre la nieve endurecida y trataba de incorporarse con gran torpeza.
Me incliné sobre él y le tomé por un brazo.
—Vamos, amigo —dije—. Yo le ayudaré.
Le alcé sin gran esfuerzo.
Aquel hombre gemía entre dientes algo que no pude escuchar.
Le apoyé contra el muro más próximo y contemplé, horrorizado, sus deformadas facciones.
—¡¡Doctor Young!! —exclamé, angustiado.
Era Young... Vivo...
Su rostro aparecía monstruosamente hinchado y sus ojos tenían un brillo de locura.
Me miraba fijamente. ¿Me reconocía?
Supongo que si me hubieran pinchado en aquel momento, de mi piel no hubiera brotado ni una sola gota de sangre.
—¡Chaa... Chardom! —gimió el anciano doctor con un gran esfuerzo.
Sus manos, tan cuidadas; sus brazos, tan endebles, oprimieron los míos con tal vigor que me hirieron profundamente.
—Doctor Young —murmuré petrificado—. ¿Cómo..., cómo es

posible?

Pero el anciano no pareció reparar en mis palabras.

Sus labios grises temblaron.

—¡Máteme, Chardom! —suplicó—. ¡Máteme, por caridad!

—No puedo —gemí—. Pero ¿por qué debo matarle?

Murmuró algo entre dientes, como si desvariase. Pero luego sus ojos brillantes tornaron a posarse en los míos.

—Yo... ya he muerto —pronunció con una voz que reconocí como suya—. Me asesinaron... ¡No quiero..., no puedo soportar esta segunda y horrible existencia! ¡Máteme, se lo suplico!

¿Qué horrible pensamiento se engendró en mi mente?

Cuando volví en mí, tenía la «Ingram» entre mis manos y me disponía a disparar contra las monstruosas facciones del doctor Young.

«Yo también empiezo a enloquecer», pensé.

Guardé mi pequeña metralleta en el bolsillo de mi chaquetón y sostuve a Young, que se tambaleaba a punto de caer.

—Dígame, doctor —apremié—: ¿dónde está Skelton?

—¡Mi... miserable! —barbotó. Y no supe si se dirigía a mí o insultaba al doctor Skelton.

Young se volvió y comenzó a andar. Decir «andar» es explicar de alguna forma su extraño y vacilante desplazamiento sobre el césped nevado.

Le seguí, entre temeroso y ansioso.

En pos de sus huellas, me detuve al verle apoyado sobré el pedestal pétreo sobre el que descansaban aquel carro de bronce que plasmaba la idea del progreso, en mitad del césped nevado que rodeaba a la Seaton Tower.

Creí que Young se había apoyado allí, extenuado, y corrí hacia él para auxiliarle.

Sin embargo, el doctor alzó un brazo y tocó el friso superior del pedestal.

Inmediatamente, ¡el suelo nevado se hundió bajo nuestros pies!

Quise gritar y no pude.

Como una pesadilla, Young y yo descendíamos hacia las profundidades.

Luego, el suelo se detuvo bruscamente bajo nuestros pies.

Ante mí se ofrecía un ancho túnel de hormigón.

Young se alejó, tambaleante, a través del túnel. Y yo le seguí inconscientemente.

Detrás de mí se oyó un chirrido y me volví de un salto: La plataforma volvía a elevarse impulsada por una cilíndrica y brillante base metálica.

Quise retroceder, saltar sobre la plataforma y ponerme a salvo,

pero cuando corrí locamente hacia allá era demasiado tarde: diez metros por encima de mi cabeza, el enorme montacargas hidráulico acababa de encajarse y cerraba la salida al exterior.

Mis ojos se volvieron hacia el otro extremo del túnel para buscar al doctor Young.

No le encontré.

Sin embargo, enfrente de mí se alzaban tres siluetas impresionantes que me cerraban el paso.

Douglas Humbolt tenía un aspecto horroroso. Sus demacradas facciones aparecían hinchadas, brillantes, como si fuesen a estallar de un instante a otro. Sus cabellos se habían caído y los ojos casi desaparecían, hundidos en aquella capa tensa y redonda que cubría su rostro.

También la apariencia de Sarah Keene me llenó de terror: su frondosa cabellera negra había desaparecido y sobre su brillante cráneo apenas quedaban unas guedejas amarillentas.

En cuanto al gorila..., se diría que tenía el mismo aspecto, si no fuera porque el duro pelaje de su cabeza había caído en parte y dejaba ver una piel sonrosada, lechosa.

No fui capaz de reaccionar cuando avanzaron hacia mí.

Tenía en mi bolsillo la mortífera «Ingram», con la cual me hubiera sido fácil exterminarlos, pero mis reflejos, mi voluntad entera habían quedado paralizados por el pánico.

No me moví cuando el espantoso Humbolt llegó junto a mí, me registró y me arrebató la metralleta.

—Adelante, teniente Chardom —invitó el gorila con un ademán—. ¿No quiere conocer nuestra humilde morada?

No fui capaz de realizar un solo movimiento. Entonces, el gorila me tomó en sus largos y musculosos brazos y me llevó a través del túnel.

CAPITULO XIV

Abrí los ojos.

Mi boca tenía una sabor acre y estaba pastosa, seca. Dentro de mi pecho, podía escuchar los lentísimos latidos de mi corazón.

«No debo funcionar a más de treinta pulsaciones por minuto», pensé.

Alcé los párpados y volví a cerrarlos rápidamente, cegado por el súbito y potente fulgor.

Al cabo, mis ojos se acostumbraron a la luz y pudieron contemplar la gran estancia en la que me encontraba.

«Un gran quirófano», pensé, mientras mis ojos vagaban por encima de las extrañas máquinas cromadas, los grandes focos que colgaban del techo y las mesas de operaciones...

Olfateé el aire a mi alrededor.

Alguien se movió al fondo de la habitación. Unos pies se arrastraron por el suelo y un hombre delgado y pálido que vestía una bata blanca se acercó *n* mí.

Tenía los cabellos despeinados en una aureola rojiza que hacía más abultado su rostro estrecho y demacrado, en el que brillaban unos ojos sorprendentemente hundidos en sus cuencas.

—¡Skelton! —quise gritar, pero de mis labios apenas brotó un gemido.

—Ah, veo que ha vuelto en sí —pronunció con voz inexpresiva—. Tuve que inyectarle un sedante. ¡Estaba tan nervioso, teniente Chardom!

Quise levantarme, pero mis músculos no obedecieron la orden del cerebro. Estaba tan débil que apenas era capaz de mantenerme erguido sobre el sillón en el que descansaba.

—¡Me ha... drogado! —exclamé.

—Lo suficiente para que no interfiriera en mi trabajo —respondió Skelton—. Este es un momento importante, decisivo para mi carrera.

—¿Qué... piensa... hacer conmigo? —pregunté con un soplo de voz.

Skelton enarcó una de sus pobladas cejas

—No lo sé aún. Pero no se inquiete: le ha tocado en suerte convertirse en un espectador de excepción —afirmó con orgullo.

Volví a olfatear el aire. Hedía.

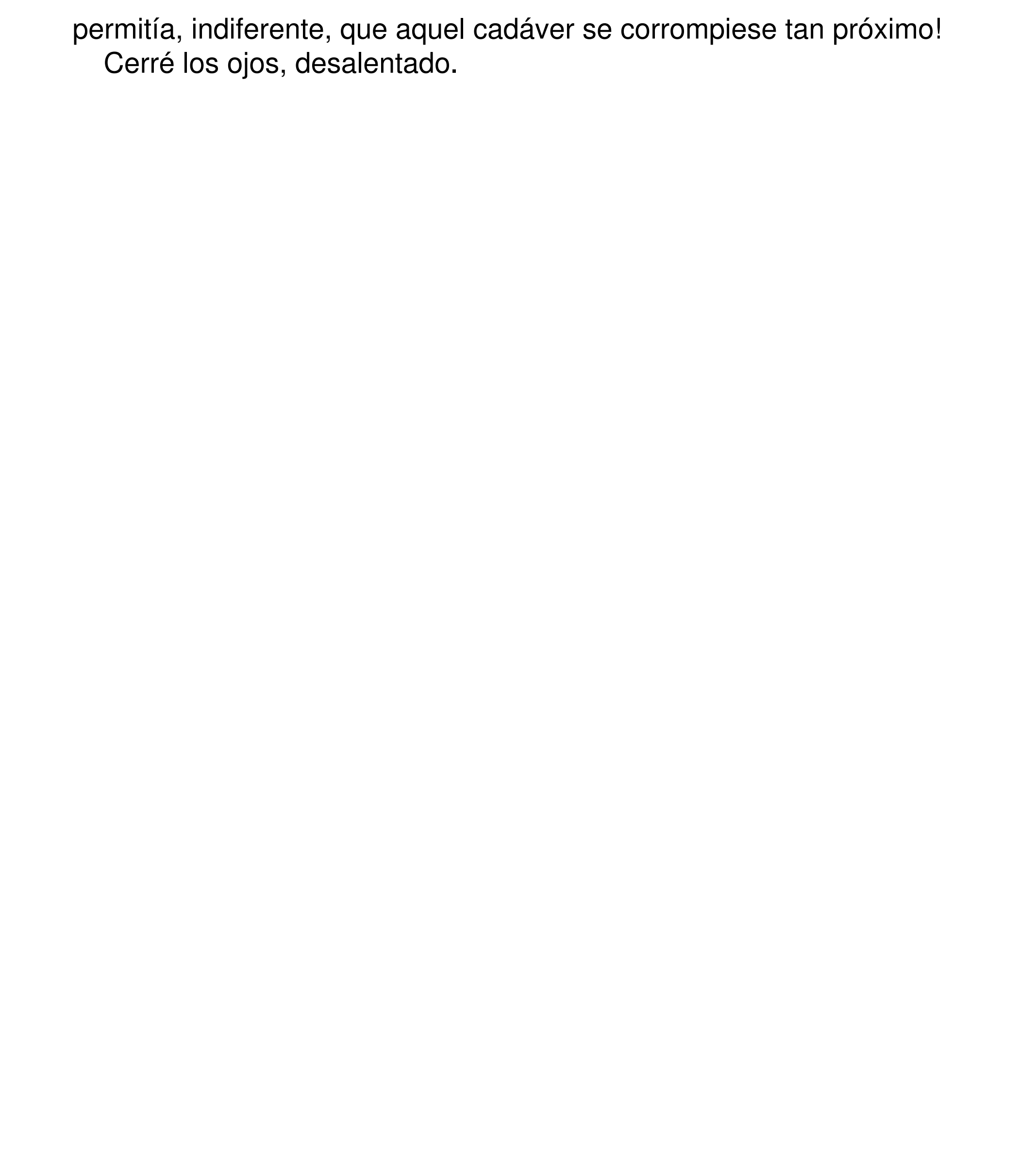
—Ah, sí —explicó Skelton—, Se trata del cadáver de Alex Cooper. Es lamentable... No conseguí regenerar sus células y el cuerpo se está corrompiendo rápidamente. Está ahí, muy cerca de usted.

Giré la cabeza lentamente y me estremecí al ver el cadáver de Cooper dentro de una vitrina.

Su rostro presentaba un aspecto verdoso, horrendo. ¡Y Skelton

permitía, indiferente, que aquel cadáver se corrompiese tan próximo!

Cerré los ojos, desalentado.



Cuando tomé a abrirlos, vi a Skelton manipulando en una gran máquina del tamaño de un armario, de la que salían gruesos cables eléctricos.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Creí que no me había oído, pero al fin se volvió hacia mí y respondió:

—Es un regenerador sanguíneo de mi invención. Sirve para cambiar automáticamente la sangre de cualquier cuerpo, al tiempo que limpia y repara los vasos sanguíneos. Es una máquina muy complicada, que puede enviar simultáneamente impulsos eléctricos al corazón y emitir microondas que reactivan las facultades cerebrales, sin distraer mi atención de la operación quirúrgica que yo pueda estar practicando, al mismo tiempo, sobre el paciente —explicó, orgulloso.

—¿Está..., está ahora operando a... alguien?

—Ya lo dije que usted tendría el inmerecido privilegio de convertirse en espectador de excepción. Esta es mi máxima y definitiva experiencia: devolver la vida al señor Seaton —declaró.

—Así, pues... Era Raymond Seaton quien financiaba sus locos experimentos —murmuré, pasmado de asombro.

—Sí. A él se lo debo todo. Cuando los demás se burlaron de mí y me llamaron loco y visionario, míster Seaton me escuchó, me alentó y me protegió —exclamó Skelton, con extraño fervor—. El fue quien hizo posible mi primera experiencia: reactivar el cerebro del actor Bruce Landon, que había injertado previamente en el cuerpo del gorila que adquirí al Afrikaaner Circus. Aquel éxito animó tanto al señor Seaton, que a partir de aquel momento puso a mi disposición todos los medios de los que yo no disponía.

—No sé si comprendo bien — pronuncié—. ¿Quiere decir que ha dado vida a todas... esas monstruosas criaturas, a esos espectros vivientes, como experiencia previa a la artificial resurrección de Raymond Seaton?

Skelton, que seguía manipulando en el regenerador se volvió y me miró con penetrante fijeza.

—Si —admitió—. El señor Seaton quería estar seguro de que su personal regeneración no fallaría. Y me animó a repetir mis experimentos, hasta conseguir la perfección.

—Pero usted ha cometido terribles fallos —argumenté—. Los cadáveres que encontramos en la habitación tapiada de su casa de Viceroy Street...

—¡El proceso de regeneración no era perfecto aún! —exclamó Skelton, con ira—, Pero ahora lo es. Cuando termine la delicada intervención que estoy practicando al señor Seaton, éste volverá a la vida.

—Pero... ¡es monstruoso! Va contra las leyes de la naturaleza,

contra la ley de Dios. Somos mortales, no podemos vivir indefinidamente.

—¿Por qué no? —gritó Skelton, con voz tremante—. La muerte no es sino un simple accidente. Si se evita que las células degeneren y mueran, si se activa a tiempo su desarrollo y rejuvenecimiento, la vida puede prolongarse hasta la Eternidad.

—Es una blasfemia —dije.

Skelton vino hacia mí, furioso.

Las venas de su cuello se habían hinchado exageradamente y sus facciones crispadas eran horribles.

—¡Está haciéndolo a propósito, Chardom! ¡Sólo trata de distraerme, de encolerizarme, para provocar el fracaso! —chilló, fuera de sí.

En una brusca y asombrosa mutación, Skelton se serenó de repente. Sus facciones se relajaron e incluso sus labios se plegaron en una sonrisa benévola.

—Tal vez le mate, teniente Chardom —dijo con absoluta indiferencia.

Traté de alzarme del asiento, de golpearle ciegamente, tal vez de... estrangularle, como única y desesperada defensa contra aquel loco homicida.

Apenas conseguí alzar el brazo derecho a la altura de mi rostro.

Comprendiendo mi impotencia, el doctor Skelton prorrumpió en un carcajada histérica.

—Vamos, teniente, no tema. Veo el furor y el odio en sus ojos. Pero ¿por qué? Si lo mato, se convertirá en un cadáver. Y, para mi, un cadáver, es un elemento precioso, magnifico, indispensable... ¿No lo adivina? Yo soy EL QUE DA LA VIDA... Jugaré con usted al juego de la vida y de la muerte. Primero le mataré... Luego le devolveré la vida. Dígame, Chardom..., ¿concibe una experiencia más apasionante que ésta de desafiar a la muerte? —gritó.

De repente, dio un salto y volvió al regenerador, del que brotaba un rumor rítmico y monocorde.

Por mi parte, tras de una breve reflexión, decidí cambiar de sistema, como *conditione sine qua non* podría salvar mi vida.

Para mí, no existía ya la menor duda: Zane Skelton era un demente.

Un sabio, un genio de la cirugía, pero un loco peligroso, a fin de cuentas.

—¿Cree que lo conseguirá? —pregunté, esforzando la voz al máximo.

Dejó lo que estaba haciendo y vino hacia mí en una loca y rápida carrera.

—¡Usted! —gritó—. ¿Puede usted ponerlo en duda? Envié en contra suya, con el propósito de eliminarle, a Humbolt y a Bruce Landon. Fallaron, lo sé. Pero Landon y Humbolt... habían muerto y están vivos, más potentes, vitales y capaces que antes. ¿Va a negarlo?

Yo sabía que era cierto. Tan cierto como que aquellos dos individuos y Sarah Keene comenzaban ya una irreversible cuesta abajo en su vitalidad. Si no, ¿por qué aquellos rostros hinchados, deformados, la decrepitud y vejez que podía advertirse claramente en sus facciones?

—No puedo negarlo —afirmé—. Y yo mismo...

—¿Qué?

—Estoy obsesionado, doctor Skelton, fascinado por su ciencia. Creo que merecía algo más que esto: trabajar en la clandestinidad, ocultándose como un malhechor. Sus dotes deberían ser conocidas, divulgadas. ¡Todo el mundo debe conocer quién es el doctor Skelton! —exclamé.

En cuanto terminé de hablar, comprendí que aquélla era, precisamente, la única manera de entenderse con el doctor Skelton.

Sus ojos relucieron y su pecho se hinchó.

—No creo que haya dicho otra cosa que la verdad, teniente Chardom. Y ello me obliga a considerarle como una persona inteligente y sensible —aprobó, entusiasmado.

—Me gustaría..., me gustaría presenciar su experiencia desde un lugar más próximo a esa máquina. ¡Me siento tan impaciente por comprobar el resultado...!

Skelton vaciló. Manipuló en los mandos del regenerador y corrió a un botiquín, del que volvió hacia mí con una jeringuilla hipodérmica en las manos.

Me pinchó rápidamente en el brazo, con tremenda seguridad.

E inmediatamente me sentí más lúcido e incluso noté que podía mover mis extremidades.

Skelton se puso a mi espalda y desplazó el sillón sobre ruedas en que me encontraba. Lo detuvo ante el regenerador, en cuya parte frontera podían verse varias pantallas y controles luminosos.

En la parte inferior se encontraba el cuerpo de Raymond Seaton, absolutamente inmóvil. De su cerebro partían numerosos y finos cables, que Skelton cambiaba de posición constantemente tras consultar las pantallas luminosas de arriba.

La pantalla central se parecía a la de un cardio-control. Un puntito redondo, brillante, se deslizaba en dirección horizontal, producía un «bip» apenas perceptible y volvía a aparecer en el margen izquierdo de la pantalla.

Aquello significaba que el corazón de Seaton no funcionaba.

Yo me encontraba de espaldas a Skelton. Mi cerebro razonaba fluidamente ya. Ahora podría saltar sobre Zane Skelton y, tal vez, dominar la situación.

Pero cuando apoyé mis manos en el sillón y traté de elevarme, mis músculos se negaron a obedecer. ¡Skelton había liberado mi mente, con su inyección, pero no mi capacidad para moverme y actuar!

Para entonces, advertí que Skelton se comportaba de forma muy inquieta y exaltada. Murmuraba palabras entre dientes y se movía como un manojo de nervios.

Luego, de repente, el punto luminoso se animó en la pantalla del cardio-control. La progresión horizontal se había interrumpido..., ¡ahora aquel puntito avanzaba a saltos, arriba y abajo, con ritmo creciente!

Skelton se volvió hacia mí. Su rostro se había transfigurado. Resplandecía de íntima y orgullosa satisfacción.

—¡Atención, Chardom! —exclamó—, ¡El prodigio está próximo! Voy a hacer comparecer a mis camaradas. ¡Quiero que todos estén presentes en este momento crucial...!

Se alejó. Una puerta sonó a mi espalda. Yo intenté desesperadamente incorporarme y escapar, pero mis músculos eran inoperantes.

Torcí el cuello y vi penetrar en la estancia a Douglas Humbolt, a Sarah Keene y a aquél gorila humanizado, víctima de las tortuosas experiencias de Zane Skelton.

—¡Venid, venid, queridos —repetía Skelton, muy excitado—. ¡Aquí! Así. ¡No quiero que os perdáis un segundo de estos instantes magníficos!

Miré, aterrado, a los tres espectros vivientes que se apiñaban torpemente a mi derecha.

Los mechones de Sarah Keene flotaban en el aire de forma espeluznante. Parte de los cabellos que se desprendían de su cuero cabelludo estaban prendidos en aquella sucia bata gris.

A Humbolt, de perfil no se le veían los ojos, que desaparecían completamente en las cuencas, casi cubiertas por la capa gelatinosa de su piel.

En cuanto a Bruce Landon, es decir, el gorila, presentaba un aspecto repugnante que me obligó a volver bruscamente la cabeza. El vello de su rostro se había caído por completo y ahora sus facciones representaban una expresión intermedia entre la de una persona y una bestia.

Skelton nos dirigió una mirada atenta y se volvió a su máquina. Maniobró con gran soltura en un dial y el cadáver de Raymond Seaton se alzó violentamente sobre aquella urna metálica y se agitó

varias veces hasta descansar e inmovilizarse de nuevo.

El abipbip» aumentó de velocidad y el puntito comenzó a moverse locamente en la pantalla del cardio-control.

—¡Levántese, señor Seaton! — pronunció Skelton con voz rotunda y solemne.

Abrí los ojos de par en par.

Raymond Seaton se alzó lentamente de su lecho de muerte, giró el cuello y nos miró.

CAPITULO XV

Skelton retrocedió tres pasos.

Yo mismo me estremecí en un íntimo escalofrió al contemplar aquel rostro monstruoso, lleno de costras, palpitante y rojizo, donde sobresalían dos ojos azules como dos puntitos luminosos.

—Algo ha fallado... —murmuró Skelton, tembloroso, colérico.

Seaton nos contemplaba con una luz de locura en sus ojos.

Sus facciones permanecían rígidas, inmóviles: sólo los ojos poseían el don del movimiento.

Vi sus manos horribles, voluminosas, con dedos tan gruesos como mangos de béisbol; el cuello, inflado monstruosamente, los pabellones auriculares, dilatados como orejas de elefante, tan finas que podía verse la red venosa al trasluz de la lámpara que iluminaba el interior de la máquina.

—¡Algo ha fallado, algo ha fallado...! —volvió a murmurar el doctor Skelton, muy nervioso, incapaz de dominarse.

Seaton se movió.

Los puntitos azules de sus ojos se clavaron en Zane Skelton.

Una pierna enorme, inflamada, tan gruesa como el tronco de un pino, resbaló fuera del alojamiento.

Vi que los labios de Seaton se movían. Intentaba hablar, realizaba un terrible esfuerzo para modular las palabras.

Luego escuchamos su voz, gangosa y distante:

—Es horrible, horrible.

—¿Qué es horrible, señor Seaton? —pregunté, haciendo un esfuerzo supremo para superar la angustia que atenazaba mi garganta.

Los ojos de Seaton se volvieron hacia mí. Hubo un destello en sus pupilas: ¡me había reconocido!

—Horrible es esto que... me toca vivir —murmuró con leves movimientos de los hinchados labios—. ¡Mi cabeza, mi cerebro! Siento... Siento ¡deseos de matar! Si. ¡Quiero matar!

Skelton se apartó unos pasos cuando aquella masa gelatinosa y amorfa que era Raymond Seaton cayó sobre el suelo y quedó apoyada sobre el regenerador.

—No puedo... soportarlo — murmuraba Seaton, tratando de recuperar el equilibrio—. ¡Mi cerebro! Todo el fuego del infierno parece desatado dentro de él. No... no puedo. ¡Es terrorífico!

—Pe pero —barbotó Skelton, tembloroso.

—¡Usted! —gimió Seaton—. ¡Usted me prometió la vida! Pero esto..., esto es el infierno en vida... Preferiría mil veces morir.

—Cálmese, señor Seaton —suplicó Skelton—. Creo..., creo , ¡sí! Volveremos a intentarlo otra vez. ¡Conseguiré el éxito!

Es obvio decir que yo me sentía paralizado por el terror. Mis ojos, sin embargo, vagaban del cuerpo hinchado y monstruoso de Raymond Seaton, a las facciones desquiciadas y aterradas de Zane Skelton.

—No, no le permitiré que vuelva a manipular mí cuerpo y mi alma como si de un cobaya se tratase —pronunció Seaton con voz gorgoteante—. Creo que debo matarle... ¡Y ojalá sea lo último que haga!

Hasta entonces no había prestado mucha atención a los otros tres testigos de aquella dramática escena. Pero súbitamente, Humbolt avanzó dos pasos hacia el doctor Skelton.

—Sea...ton... tie...ne razón —balbució torpemente—. Debemos... matar a Skelton. El... nos condenó a esta horrenda doble vida.

—Matémosle —decidió Bruce Landon a través de los labios de gorila.

—Mu...muerte —mascullló la horrible Sarah Keene.

Skelton dio un salto, horripilado.

En el horror que reflejaban sus ojos se plasmaba su íntima sorpresa por la rebelión de aquellos espectros que él mismo había creado.

El gorila fue el primero en saltar sobre él y rodear su garganta con las largas y velludas manos.

Sarah exhaló un chillido horripilante y clavó sus uñas en los ojos de Zane Skelton, mientras Seaton le sostenía, aplastándole con su peso, y Humbolt rodeaba su tronco con sus fuertes brazos, cortándole la respiración.

Skelton dejó escapar un agónico chillido.

Yo no podía moverme de mi sillón, pero mis ojos poseían una movilidad normal y pudieron contemplar cuanto allí sucedió aquella noche horrenda.

Skelton se agitaba en espasmódicos movimientos. De repente, su mano derecha tocó el cable que alimentaba de fuerza eléctrica el regenerador electrónico.

Un pensamiento satánico, desesperado, debió pasar por su mente. Porque, en un esfuerzo postrero, tiró del grueso cable y sacó las largas cuchillas de cobre en cuyo extremo tres mil voltios pugnaban por saltar.

Skelton movió el enchufe y rozó con sus cuchillas el rostro de Seaton, los brazos de Humbolt y el cráneo brillante de Sarah Keene.

Brilló un fulgurante chisporroteo azulado y los cuerpos de los cuatro se retorcieron un instante y luego resbalaron y cayeron unos sobre otros, formando una funeraria pila.

Mis ojos se desorbitaron de espanto.

Estaban todos muertos y el enchufe de alta tensión chisporroteaba

potente sobre el regenerador, despidiendo bolitas de metal fundido en todas direcciones.

Me agité en mi asiento y derribé el sillón.

Como una lombriz me arrastré sobre el suelo y me alejé de allí.

En el túnel tropecé con el cadáver del doctor Young. Su cuello estaba abierto de una dentellada y el piso aparecía manchado con un reguero de sangre.

No puedo calcular la distancia que recorrí antes de que llegase junto a una puerta metálica, que aporreé débilmente hasta que mis fuerzas se extinguieron.

Al amanecer volví en mí.

Un hombre me arrastraba en sus brazos. Era el «conserje de la Seaton Tower.

—Avise... al... comisario... Wislow —dije.

Y me sumergí en las sombras.

* * *

Salí a dar un paseo el día veinte de marzo.

El sol brillaba, esplendoroso y radiante, en un cielo claro, de un azul luminoso y vivificante.

Las nieves se habían fundido y los árboles comenzaban a renacer.

Había muchas margaritas en los macizos de alrededor de nuestra casa de Milenary Pine, y la verja metálica había sido apartada.

Grace me llevaba cogido de un brazo. Y en cuanto yo hice el ademán de buscar en mis bolsillos, ella abrió su bolso, encendió un cigarrillo y me lo puso en mis labios.

No habíamos cambiado una palabra acerca de aquella terrible noche transcurrida en los sótanos del edificio Seaton.

A nadie le interesaba ya recordar aquellos horrores. Ni siquiera al comisario Wislow, que acababa de marcharse minutos antes.

Mi cuñado, Joe Bolton, estaba plantando nuevos árboles alrededor de nuestra casa, y abandonó un momento el azadón para alzar el brazo en señal de saludo.

—Vuelve la primavera —dijo Grace, mientras caminábamos hacia el sol.

—Y el calor —murmuré yo.

—Se alejaron las brumas y el frío —afirmó ella.

—Vuelve la paz y el ansia por seguir viviendo —exclamé, gozoso.

—Podíamos casamos ahora —dijo ella, de repente.

La miré

Sus cabellos dorados formaban un halo esplendente alrededor

del bello óvalo de su cara.

—¡Si! —grité, regocijado—. ¡Podíamos casamos!

Y nos fundimos en un abrazo intenso, vital, apasionado.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.